

## EL MITO DE MARATON\*

Carlos Schrader\*\*

### 1. LA MAGNIFICACION DE MARATON

1. La batalla de Maratón, al igual que otros señalados éxitos de los griegos en general, y de Atenas en particular, en su lucha contra los persas, fue objeto, con el paso de los años, de una progresiva glorificación por parte de las fuentes literarias, especialmente a partir de comienzos del siglo IV a.C.

2. Ya en el propio siglo V, sin embargo, asistimos a una notoria magnificación de la batalla.

2.1. Así, Heródoto (en V 105 y VI 94, 1) se hace eco de una anécdota según la cual Darío, al tener noticias de la toma de Sardes por parte de las fuerzas combinadas de jonios, atenienses y eretrios, ordenó a uno de sus servidores que, antes de comer, le repitiera todos los días, hasta tres veces, la frase “¡Señor, acuérdate de los atenienses!”, para mantener vivo el odio del monarca persa contra los habitantes de Atenas.

a) Presumiblemente, Heródoto —de cuya buena fe como historiador no hay que dudar<sup>1</sup>— debió de hacerse eco de

\* El presente artículo reproduce, con ciertas modificaciones, la conferencia dictada por el autor el 28 de marzo de 1981, dentro del VII Simposio de Humanidades Clásicas que, sobre Historiografía Antigua, organizó en Madrid el Colegio Mayor Argentino “Nuestra Señora de Luján”.

\*\* Departamento de Filología Griega. Universidad de Zaragoza.

1. Cf., por ejemplo, F. HELLMANN, “Herodot”, *Das neue Bild der Antike*, I, Leipzig, 1942, págs. 246 y ss.; y Ph.E. LEGRAND, *Hérodote. Introduction*, París, 1955, págs. 93 y ss.

esta anécdota en la propia Atenas, a partir de una tradición oral<sup>2</sup> que, en ese sentido, circularía por la capital del Atica.

b) Pero resulta indudable que dicha anécdota no es histórica, ya que supondría que los persas consideraban a Atenas una potencia peligrosa, cosa que no se atiene a la realidad, según demuestra el propio Heródoto en otros pasajes de su obra (tal y como se desprende, por ejemplo, de V 73, 2).

c) La anécdota, en suma, debió de ser inventada *a posteriori* por los propios atenienses, para magnificar todavía más su triunfo en Maratón, como acertadamente ha señalado P. AMANDRY (“Sur les épigrammes de Marathon”, *Festschrift W.H. Schuchhardt*, Baden-Baden, 1960, págs. 1 y ss.).

2.2. Además, a mediados del siglo V a.C., se pintó en la Stoá Poikilē<sup>3</sup> —un pórtico situado en la zona noreste del Agora de Atenas— una representación de la batalla en la que, según PAUSANIAS (I 15, 3), intervenían, en favor de los atenienses, divinidades como Atena, o héroes como Heracles y Teseo. La batalla de Maratón, pues (como luego diría Temístocles de la de Salamina<sup>4</sup>), también había sido, en su desenlace, obra de los dioses.

a) Y es importante esta observación porque, en el relato herodoteo de la batalla, no se alude en ningún momento a

2. Sobre los diversos tipos de fuentes a que tuvo acceso el historiador para la composición de su obra, cf., entre otros, H.W. PARKE, “Citation and recitation. A convention in Early Greek Historians”, *Hermathena* 67 (1946), págs. 80 y ss.; T. SPATH, *Das Motiv der doppelten Beleuchtung bei Herodot*, Viena, 1968; y D. FEHLING, *Die Quellenangaben bei Herodot*, Berlín, 1971.
3. O “Pórtico de Colores”. Junto a la información de Heródoto, es el único testimonio (a través de la descripción de Pausanias) que debe de proceder de tradición contemporánea a la batalla. El inmenso fresco se atribuía a Polignoto y, al parecer, fue trasladado a Constantinopla en el siglo V d.C. En la representación pictórica aparecían tres escenas: en el muro de la izquierda, la lucha, todavía equilibrada, entre griegos y persas; en el muro central, la huida de los bárbaros por el gran pantano (en dirección a las naves, que estarían fondeadas enfrente); y, en el muro de la derecha, la matanza que los griegos infligieron a los bárbaros mientras estos trataban de reembarcar. Cf. L. ROBERT, *Die Marathonschlacht in der Poikile*, Halle, 1895.
4. Cf. HERODOTO, VIII 109, 3.

intervenciones divinas favorables a los griegos<sup>5</sup>. Al contrario, según se relata en VI 117, un ser sobrenatural mató a un ateniense y dejó ciego a otro<sup>6</sup>.

2.3. Por otra parte, el epitafio atribuido a ESQUILO (fragmento 773, H.J. METTE, *Die Fragmente der Tragödien des Aischylos*, Berlín, 1959) es realmente sintomático. El autor de *Los Persas* no celebra en él la victoria alcanzada en Salamina, o sus triunfos como tragediógrafo, sino que recuerda con orgullo la gesta realizada en Maratón, en el año 490 a.C., y en la que el poeta participó personalmente<sup>7</sup>, al decir:

*“Este sepulcro alberga, en la fértil Gela,  
el cadáver del hijo de Euforión, el ateniense Esquilo.  
De su glorioso valor hablar podrían —pues bien lo saben—  
la sagrada tierra de Maratón y el Medo de luenga caballera”*.

3. Pero, cuando la batalla de Maratón llegó a convertirse en un tópico propio de la literatura de carácter panegírico, fue a partir del siglo IV a.C.

3.1. Así, a mediados del mismo, comenzó a hablarse (un *Escolio* a DEMOSTENES, *Sobre la embajada infiel* (XIX) 303; y el testimonio de ARISTOTELES, *Retórica* III 10, son significativos) de un *Pséfisma* atribuido a la iniciativa de Milcíades, en el que se habría hecho aprobar la orden de presentar batalla al enemigo en campo abierto, lejos de Atenas<sup>8</sup>.

a) Sin embargo, como ha demostrado C. HABICHT (“Falsche Urkunden zur Geschichte Athens im Zeitalter der Perserkriege”, *Hermes* 89 (1961), págs. 1 y ss.), ese

5. Es más, en el curso de la conversación mantenida entre Milcíades y Calímaco, antes de la batalla, aquél, tratando de convencer al *polemarco* para que ordenase atacar a los persas, le dijo: “... si los dioses se mantienen imparciales, estamos en condiciones de alzarnos con la victoria en la batalla” (HERODOTO, VI, 109, 5). El que no se solicitara la ayuda divina es, quizá, indicio de que los atenienses se sentían lo suficientemente fuertes como para no dejarse vencer.
6. Cf., además, ELIANO, *Híst. Nat.* VII 38.
7. Cf. PAUSANIAS, I 21, 2.
8. Cf. ISOCRATES, IV 86, 7; LICURGO, *Contra Leócrates* 104; PLUTARCO, *Quaest. Conv.* I 10, 3. El testimonio de Demóstenes parece implicar que el *Pséfisma* fue leído por ESQUINES, en el año 348 a.C., para salir al paso de las críticas al abandono de Eretria por Atenas, pues Cefisodoto cita el decreto para llevar a cabo una expedición a Eubea.

*Pséfisma de Milcíades* hay que insertarlo dentro de una serie de decretos falsificados en los años cuarenta del siglo IV a.C., con el propósito de ensalzar la actitud de Atenas contra los persas, a fin de incitar a la población a actuar resueltamente contra el nuevo invasor: Filipo de Macedonia<sup>9</sup>.

3.2. Hasta tal punto llegó la magnificación de los escritores panegiristas que TEOPOMPO (fragmento 153, F. JACOBY, *Die Fragmente der griechischen Historiker* (= *F. Gr. Hist.*) 115, Berlín-Leiden, 1923...) negaba rotundamente sus alegatos, según sabemos por el testimonio de ELIO TEON de Alejandría<sup>10</sup>, en cuyos *Progymnasmata* manifiesta:

*“En el libro veinticinco de las Filípicas de Teopompo se afirma que el juramento que, según los atenienses, prestaron los griegos contra los bárbaros, antes de la batalla de Platea, es falso... Y, asimismo, que la batalla de Maratón no se desarrolló como todos ponderan”.*

4. No obstante, y pese a esa afirmación de TEOPOMPO, la tradición glorificadora de Maratón fue en progresivo aumento, hasta el extremo de que, si Heródoto cuenta (en VI 114) que a Cinegiro —el hermano de Esquilo— le cortaron una mano de un hachazo, mientras

9. Ante la constante ingerencia de Macedonia en los asuntos de Grecia central y peninsular, el partido nacionalista ateniense desplegó una activa campaña propagandística de oposición. A tal efecto, desempeñó un importante papel la exaltación panegírica del esplendoroso pasado de Atenas durante el período de su hegemonía en Grecia. Pero, si con los primeros autores panegíricos (Isócrates, fundamentalmente) la finalidad perseguida tendía a poner de relieve un estado de cosas, en los años cuarenta del siglo IV a.C. no sólo se pretendió esa denuncia de la actividad macedonia, sino, además, la confirmación de los gloriosos éxitos del pasado mediante pruebas tangibles. De ahí que apareciesen una serie de documentos —que, sin duda, no conocemos en su totalidad—, caracterizados por unos rasgos comunes a todos ellos: 1. Pertenecen, por su contenido, a la época del enfrentamiento entre Atenas y Persia. 2. Pretenden poner de relieve la tradicional resolución ateniense ante circunstancias particularmente conflictivas. 3. Son empleados por la oratoria propagandística. 4. Aparecieron en un período de tiempo bastante reducido y próximo entre sí. 5. Fueron inscritos en piedra. 6. Todos (salvo el problemático *Juramento de los efebos*) contienen rasgos que implican su falsedad histórica. Cf. C. SCHRADER, “El decreto del Congreso y el fragmento 153 de Teopompo”, *Cuadernos de Investigación*, I, 1 (1975), págs. 77 y ss.
10. Probablemente, de finales del siglo I d.C. Para el texto griego de este pasaje de los *Progymnasmata* (una colección de escritos escolares de retórica), cf. W.R. CONNOR, *Theopompus and fifth century Athens*, Washington, 1968, pág. 78.

se aferraba al mascarón de popa de una nave enemiga<sup>11</sup>, JUSTINO (II 9) hermosteó todavía más su acción relatando que perdió el otro brazo, también de un hachazo, en su porfía por asirse a la nave, y, acto seguido, se agarró a ella con los dientes hasta que un adversario le cercenó la cabeza.

4.1. O, por citar otro ejemplo, mientras que Heródoto (VI 117 1) afirma que los persas sufrieron seis mil cuatrocientas bajas<sup>12</sup>, PAUSANIAS (IV 25, 5) llega a hablar de trescientos mil muertos.

5. Resulta, pues, evidente que Maratón, con el paso de los siglos, llegó a convertirse en una verdadera leyenda. Una leyenda que tuvo su origen en una batalla que, con mayor o menor suerte de detalles<sup>13</sup>, refiere HERODOTO (VI 102-120), y de la que voy a exponer a continuación sus causas, sus desarrollos estratégico y táctico, y sus consecuencias, de acuerdo con los resultados a que ha llegado la crítica moderna.

11. Cinegiro aparecía representado en el fresco de la Poikilē (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* 35, 57). Sobre su muerte, cf. Z. PAVLOVSKIS, "Vir fortis sine manibus and the handless maiden", *Clio Medica* 28 (1967), págs. 86 y ss.
12. Las cifras de bajas que facilita el historiador son, respectivamente, seis mil cuatrocientos "bárbaros" y ciento noventa y dos atenienses. Pese a que la diferencia entre las pérdidas de uno y otro bando es notoria (cf. H.C. AVERY, "The number of Persians dead at Marathon", *Historia* 22 (1973), pág. 757; y W.F. WYATT, "Persian dead at Marathon", *Historia* 25 (1976), págs. 483-484), el número de caídos por parte persa tuvo que ser bastante considerable, ya que, frente a la eficacia del armamento hoplítico, el ligero equipo de los persas los hacía muy vulnerables. Por lo que hace a las bajas persas, según JENOFONTE (*Anábasis* III 2, 12), el *polemarco* Calímaco había prometido sacrificar a Artemis una cabra por cada enemigo muerto; pero, ante las pérdidas persas, hubo de rogar a la diosa que se contentara con quinientas víctimas, que se le ofrecerían todos los años. En cuanto a las bajas atenienses, la cifra exacta que da Heródoto debe proceder de algún documento oficial (se nos han conservado documentos de este tipo; cf. R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of Greek historical inscriptions to the end of the fifth century B.C.*, Oxford, 1969, núm. 33, págs. 73-76), tal vez de las estelas erigidas en el túmulo que contenía la urna con las cenizas de los caídos atenienses. Cf. PAUSANIAS, I, 32, 3; y K.P. KONTORLIS, *The battle of Marathon*, Atenas, 1973, pág. 31.
13. Cf. A. BALIL, "Heródoto y las grandes batallas de las guerras médicas", *Estudios Clásicos* 32 (1961), págs. 32 y ss.

## 2. ANTECEDENTES DE MARATON. LA SUBLEVACION JONIA

1. Ante todo, los orígenes de la primera guerra “médica” deben interpretarse en una doble causalidad.

1.1. Una *causa remota* representada por la política imperialista persa (denunciada ya por el rey de los etíopes “macrobios”, en Heródoto III 21, 2; y reconocida explícitamente por Mardonio en VII 9). Política que (como ha estudiado<sup>14</sup> F. EGERMANN, “Das Geschichtswerk des Herodot. Sein Plan”, *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum*, 1938, págs. 191-197 y 239-254) había llevado a los Aqueménidas a las puertas de Tesalia, con la sumisión nominal de Macedonia conseguida por Megabazo en el año 512 a.C.<sup>15</sup>.

1.2. Y una *causa próxima*, que viene dada por la sublevación de Jonia en otoño del año 499<sup>16</sup>. Centremos, de momento, nuestra atención en este punto.

2. A pesar de que la autoridad persa no resultaba excesivamente opresiva en las ciudades jónicas de Asia Menor, la única condición impuesta por Darío —la obediencia a un poder de naturaleza autocrática— constituía, precisamente, un aspecto conflictivo.

2.1. Y, si bien la tradición política griega ofrecía un instrumento cómodo para el mantenimiento de esa obediencia —me refiero, claro está, a las tiranías—, se daba el inconveniente de que el momento histórico de las tiranías había pasado ya en el mundo helénico (el ejemplo de Atenas, por citar el más representativo, es bien elocuente), por lo que el odio que los griegos de Asia Menor sentían hacia este tipo de gobierno sólo

14. Para el crítico alemán, la idea principal de Heródoto —y a cuyo alrededor se agrupan todos los episodios de su obra— es la responsabilidad en la guerra por parte de la potencia persa, que se vale de la fuerza. Era el sueño de los Aqueménidas por hacerse con un imperio universal; sueño que, indefectiblemente, los hizo entrar en conflicto con Grecia.
15. Cf. P. CLOCHÉ, *Histoire de la Macédonie jusqu'à l'événement d'Alexandre le Grand*, París, 1960, págs. 31 y ss.; y B. VIRGILIO, “L'atteggiamento filoateniese e antiperisiano della Macedonia con Aminta I e Alessandro I Filelleno”, *Commento storico al quinto libro delle 'Storie' di Erodoto*, Pisa, 1975, pág. 138.
16. Hay que indicar, no obstante, que la cronología de la revuelta jonia no puede establecerse en particular de manera satisfactoria. Cf. N.G.L. HAMMOND, “Studies in Greek Chronology”, *Historia* 4 (1955), págs. 385 y ss.

acarreaba a los persas una mayor hostilidad por parte de las comunidades microasiáticas.

3. Junto a esta cuestión de orden político, es posible también que al estallido de la rebelión coadyuvasen problemas de índole económica<sup>17</sup>.

17. Aunque este punto es problemático, ya que, a finales del siglo VI a.C., Mileto se hallaba en su apogeo (cf. HERODOTO, V 28; la razón del esplendor de Mileto se debía a su sagaz política exterior, ya que el tirano Trasíbulo había firmado un tratado de paz, hacia el año 600 a.C., con el rey Lidio Aliates; y, posteriormente, ese tratado fue renovado con Ciro en 547, por lo que la ciudad se había visto a salvo de invasiones; cf. H. BENGTON, *Die Staatsverträge des Altertums*, II, Munich-Berlín, 1962, 4-5).

Lo que sí puede afirmarse tajantemente es que la *vera causa* del descontento que reinaba entre los griegos de Asia Menor con respecto al poder persa residía en su ansia de libertad política, y que la campaña que Darío había llevado a cabo contra los escitas había revelado que los persas no eran invencibles. En general, cf. K.J. BELOCH, *Griechische Geschichte*, II, 1, Estrasburgo, 1916, págs. 8 y ss.; y H. BERVE, *Griechische Geschichte*, 2.<sup>a</sup> ed., Friburgo, 1951, I, págs. 225 y ss.

La expedición contra Escitia se fecha tradicionalmente en 514/513 (cf. M.A. LEVI, "La spedizione scitica di Dario", *Rivista di Filologia* 61 (1933), págs. 58 y ss.), cuando Darío había conseguido ya establecer sólidamente su autoridad, y una vez completada la organización del imperio. El término *post quem* viene determinado por la presencia de Eaces, hijo de Silosonte, como tirano de Samos (cf. HERODOTO, IV 138, 2), y por la toma de Babilonia. En realidad, durante el reinado de Darío, se produjeron en Babilonia dos sublevaciones. La primera comenzó el 3 de octubre del año 522 a.C., cuatro días después del asesinato de Bardiya y coincidiendo con otras sublevaciones que tuvieron lugar en el imperio. Fue acaudillada por *Nidintu-Bel*, que adoptó el nombre de Nabucodonosor III, declarándose hijo de *Nabu-naid* (= Nabonido). El texto de la *Inscripción de Behistun* (§§ 16 y ss.) dice (F.H. WEISSBACH, *Die Keilinschriften der Achämeniden*, Leipzig, 1911, págs. 8 y ss., ofrece texto y traducción alemana): "Tras haber matado yo personalmente a Gaumata, el mago, hubo un hombre, llamado *Atrina*, hijo de Upadarna, que se sublevó en Susiana. Este sujeto dijo así a la gente: 'yo soy el rey de Susiana'. Los habitantes de Susiana se sublevaron; se pasaron al tal *Atrina*. Era rey de Susiana. Posteriormente, hubo un hombre, un babilonio, llamado *Naditabira*, hijo de Aina, que se sublevó en Babilonia. También él engañó a las gentes: 'yo soy Nabukudracara —dijo—, el hijo de Nabunita'. Entonces el pueblo babilonio apoyó decididamente a *Naditabira*. Babilonia se sublevó y él se hizo con el dominio de Babilonia". A los dos meses de su sublevación, Darío, tras haberlo vencido en dos batallas, se apoderó de Babilonia y le dio muerte. El 22 de diciembre del año 522 Babilonia era datada, en las tablillas, "en el año del comienzo del reinado de Darío, rey de Babilonia, rey de los países". Cf. R.A. PARKER, W.H. DUBBERS-TEIN, *Babylonian Chronology 626 B.C. - A.D. 75*, Providence, 1956, página 13 y ss. La segunda sublevación tuvo lugar en septiembre del año 521 a.C. y fue acaudillada por *Arakha*, que, según la *Inscripción de Behistun* (§§ 49-50), era un armenio que adoptó el nombre de Nabucodonosor IV. Fue capturado en noviembre por *Vindafarnah* (= Intafrenes), uno de los siete conjurados contra "el mago", y murió en Babilonia. Cf. A. POEBEL, "Chronology of Darius first year of reign", *American Journal of Semitic Languages and Literatures* 55 (1938), págs. 142 y ss.; y 285 y ss. Pero Heródoto (III 150, 1) sitúa la sublevación de Babilonia con posterioridad a las suble-

### 3.1. Primero, la nueva ordenación tributaria del imperio establecida por Darío en 520-519 a.C.<sup>18</sup>.

vaciones del imperio a que tuvo que hacer frente Darío, lo que ha permitido proponer dos posibles soluciones para explicar los desajustes entre las sublevaciones conocidas de Babilonia y el relato del historiador: 1. Quizá se trató de una tercera sublevación de Babilonia ocurrida en tiempos de Darío —aunque la hipótesis no es probable—, ya que, además de la permanente tendencia que los babilonios mostraban a rebelarse, según POLIENO, *Strategemata* VII 12, la estrategia que empleó Zópiro para apoderarse de Babilonia (cf. HERODOTO, III 153 y ss.) imitaba la de un tal Risaces, quien, con ocasión de una campaña de Darío contra los sacas, se ganó la confianza del rey enemigo, mutilándose personalmente. Como en la *Inscripción de Behistun* no se mencionan operaciones contra los sacas más que en la segunda parte de la misma (en una columna añadida con posterioridad a septiembre del año 520, fecha de su erección), donde se relatan sucesos posteriores a esa fecha, de haberse producido en tiempos de Darío una sublevación de las características que menciona Heródoto, no pudo ser más que una tercera, distinta de las acaudilladas por Nidintu-Bel y Arakha (cf. F.H. WEISSBACH, *Die Keilinschriften...*, pág. LXXIII). 2. La revuelta a que alude Heródoto es en realidad —eso es lo que opinan la mayoría de los historiadores— la que tuvo lugar en el año 478, en tiempos del reinado de Jerjes. Las razones para sustentar semejante afirmación son, fundamentalmente, las siguientes: a) CTESIAS (*Persiká* 22) afirma que la estrategia de Zópiro fue obra de su hijo Megabizo (hay problemas, sin embargo, para aceptar su testimonio, pues Zópiro fue gobernador de Babilonia) y que la toma de la ciudad fue dirigida por Jerjes. b) Un asedio de veinte meses no hubiera podido ser registrado en la *Inscr. Beh.* por falta material de tiempo. c) La crueldad del rey persa (cf. HDTO., III 159, 2) parece adecuarse a la personalidad de Jerjes, que podía obrar así por tener sólidamente establecida su monarquía.

El término *ante quem* viene determinado, a su vez, por la presencia, en 507 a.C., de Artáfnenes como sátrapa de Sardes, cargo para el que fue nombrado un año después de la expedición. No obstante, J.M. BALCER, "The date of Herodotus IV, 1. Darius' Scythian expedition", *Harvard Studies in Classical Philology* 76 (1972), págs. 99 y ss., ha datado la expedición en 519 a.C. La campaña de Darío es histórica (al margen de que el relato que Heródoto hace de ella sea poco preciso y, en ocasiones, erróneo), aunque se ignoran sus móviles y el desarrollo de las operaciones militares.

18. Uno de los logros más importantes del reinado de Darío fue la organización político-administrativa de que dotó al imperio. El sistema perduró hasta el final de la dinastía aqueménida y no volvió a producirse una organización similar en el mundo antiguo hasta época romana. Con todo, no estamos bien informados sobre dicha organización debido, principalmente, a la escasez de testimonios persas, que, además, son contradictorios, ya que las tres listas geográficas redactadas durante el reinado de Darío no presentan el mismo número de provincias. En la *Inscripción de Behistun* (§ 6) se mencionan veintitrés provincias: Persia, Susiana, Babilonia, Asiria, Arabia, Egipto, Países del mar (= isleños de Asia Menor), Lidia, Jonia, Media, Armenia, Capadocia, Partia, Drangiana, Aria, Corasmia, Bactria, Sogdiana, Gandara, Sacas, Satagidia, Aracosia y Macas. En la inscripción de Persépolis se mencionan veinticuatro (se omite Persia y se incluyen Sagartia y la India). Finalmente, en Naqs-i-Rustam se citan veintinueve o treinta, pues se incluyen las últimas conquistas de Darío (por ejemplo, los Escudras = Tracios y Macedonios). Ahora bien, estas listas, en realidad, no son registros oficiales del imperio, sino simplemente registros de los triunfos del rey (por ejemplo, en Naqs-i-Rustam se incluye a los escitas, que nunca fueron conquistados). Por su parte, los autores griegos constituyen nuestra fuente más importante sobre el imperio; sin embargo, estaban menos interesados en su organización interna que en su aparente



3.2. Y, por otra parte, los privilegios que los persas debieron de otorgar a las ciudades fenicias<sup>19</sup> en detrimento de los puertos de los griegos de Asia Menor. Por mencionar sólo un ejemplo, que estudió en profundidad H. PRINZ (*Funde aus Naukratis* [Klio, Beiheft 7], 1908, págs. 81 y ss.), el establecimiento griego de Náucratis sufrió, en los años postreros del siglo VI a.C., un sensible descenso en su tráfico comercial.

4. Si, al igual que para la batalla de Maratón, Heródoto es nuestra mejor fuente para la historia de la sublevación jonia<sup>20</sup>, conviene, sin embargo, hacer las siguientes puntualizaciones:

4.1. Ante todo, destacar algo que es usual en Heródoto a la hora de interpretar la causalidad histórica: ésta es explicada regularmente por motivos personales. Y, en ese sentido, la sublevación jonia, para el historiador de Halicarnaso, se debió tanto al miedo de Aristágoras a sufrir represalias persas (por haber involucrado al sátrapa de Sardes, Artáfrenes, en una empresa infructuosa: la expedición combinada jonio-persa

magnificencia (la narración más extensa que aborda temas de organización del imperio es la *Ciropedia* de JENOFONTE, que es un tratado novelesco-moralizante). Cf. P.J. JUNGE, "Satrapie und Natio. Reichsverwaltung und Reichspolitik im Staate Dareios", I, *Klio* 34 (1941), págs. 1 y ss. (la segunda parte no apareció). Dada la extensión del imperio, Darío tuvo que adoptar una serie de medidas para asegurar el sometimiento de sus súbditos. Entre otras (además del empleo del arameo como lengua oficial en las zonas occidentales (cf. E. MEYER, *Geschichte des Altertums*, III, Stuttgart, 1902, pág. 59), y de la creación de una red de carreteras y postas), la delegación del poder en manos de los sátrapas, que eran las máximas autoridades civiles, y a veces militares, de una provincia (que, del nombre del gobernante —en persa *Khshathrapavan*—, recibía el nombre de *satrapía*). Las funciones del sátrapa se centraban, fundamentalmente, en: 1. Mantener el orden en su provincia. 2. Recaudar los tributos y remitirlos al rey. 3. Actuar como juez supremo. 4. Acaudillar —aunque no siempre— las tropas acantonadas en la provincia y mantenerlas convenientemente. 5. Derecho a declarar la guerra a tribus insurrectas. 6. Potestad para acuñar moneda en plata.

19. Pues la flota persa que operaba en el Mediterráneo estaba integrada principalmente por navíos fenicios. Sobre el tipo de navío empleado por los fenicios, cuestión que ha suscitado un enconado debate en la crítica moderna, cf. L. BASCH, "Phoenician Oared ships", *The Mariner's Mirror* 55 (1969), págs. 139 y ss.; A.B. LLOYD, "Triremes and the saite navy", *Journal of Egyptian Archaeology* 58 (1972), págs. 268 y ss.; y L. BASCH, "Trières grecques, phéniciennes et égyptiennes", *Journal of Hellenic Studies* 97 (1977), págs. 1 y ss.

20. Pero no la única. Sobre otras fuentes para la historia de la sublevación jonia, y de las guerras médicas, cf. H. BENGTON, *Griechische Geschichte von den Anfängen bis in der römische Kaiserzeit*, 2ª ed., Munich, 1960, págs. 147 y ss.

contra la isla de Naxos<sup>21</sup>), como al deseo de Histieo por regresar a Jonia desde Susa, a donde había sido conducido por orden expresa de Darío<sup>22</sup>.

4.2. Además, la narración de Heródoto sobre la rebelión de los jonios está plagada de animadversión hacia sus promotores (sobre todo hacia Aristágoras<sup>23</sup>), por algo que, en mi opinión, no ha sido suficientemente valorado por la moderna historiografía.

a) En la obra del historiador puede detectarse un principio permanente de equilibrio histórico; principio que podría resumirse en la máxima de “Asia para los asiáticos”.

b) Este principio —claramente manifestado por Heródoto en varios pasajes de su obra<sup>24</sup>— pudo estar motivado, además, porque, cuando el historiador visitó Atenas<sup>25</sup>, la

21. En Naxos, desde mediados del siglo VI a.C., imperaba una tiranía que ejercía Lígdamis, gracias al apoyo que le prestó Pisístrato (posiblemente en 546/545; cf. HDTO., I 64, 2; ARISTOTELES, *Constitución de Atenas* 15, 3; ATENEO, VIII 39, 348 a-c). Hacia 524 la tiranía naxia fue derrocada por los espartanos, con ocasión de la guerra que estos últimos sostuvieron con Polícrates de Samos, ya que Lígdamis apoyaba a los samios (cf. POLIENO, *Strategemata* I 23, 2). A la caída de la tiranía en Naxos, la isla sufrió una seria inestabilidad política, motivada por el enfrentamiento entre los aristócratas y el pueblo. En el año 500, aproximadamente, la facción popular logró hacerse con el poder y los aristócratas se vieron forzados a exilarse, solicitando ayuda a los milesios. Cf. H. BERVE, *Die Tyrannis bei den Griechen*, Munich, 1967, I, págs. 78-79; II, págs. 564 y ss.
22. Cf. HDTO., V 35, 4; y P.B. MEANVILLE, “Aristagoras and Histiaieos. The leadership struggle in the Ionian Revolt”, *Classical Quarterly* 27 (1977), págs. 80 y ss.
23. A quien convierte en un personaje ambicioso e intrigante (cf. G. DE SANCTIS, “Aristagora di Mileto”, *Rivista di Filologia* 59 (1931), págs. 48 y ss.), cuando, en la moderna historiografía —y admitiendo el oportunismo de Aristágoras, que decidió sacar de la sublevación el máximo provecho personal—, se tiende a relacionarlo con el partido democrático que existía en las comunidades griegas de Asia Menor, partido contrario a las tiranías afectas a los persas. Vid. P. TOZZI, “Erodoto e le responsabilità dell’ inizio della rivolta ionica”, *Athenaeum* 65 (1977), págs. 127 y ss.
24. Cf. HDTO. I 4, 2; y la nota 88 al libro III de la *Historia* en la versión de C. SCHRADER (*Heródoto. Historia. Libros III-IV*, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, núm. 21, 1979).
25. Sobre la estancia de Heródoto en Atenas, la importancia que, para su obra, representó su permanencia en la capital del Atica, y sus contactos con el círculo pericleo, cf. entre otros, W. ALY, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und seinen Zeitgenossen*, Gotinga, 1921 (2ª ed., 1969), págs. 277 y ss.; H. STRASBURGER, “Herodot und das perikleische Athen”, *Historia* 4 (1955), págs. 1 y ss. (recogido posteriormente en el volumen, editado por W. MARG, *Herodot. Eine Auswahl aus der neueren Forschung*, Darmstadt, 1962, págs. 574-608), quien presenta una atinada visión, superando disparas opiniones sobre la influencia de Atenas en la obra del historiador; y Ch. W. FORNARA, *Herodotus. An Interpretative Essay*, Oxford, 1971, págs. 37 y ss.

política de Pericles (sin admitir la historicidad de la paz de Calias, cuyo carácter de tradición literaria creo haber demostrado sobradamente en otro lugar<sup>26</sup>) propugnaba una distensión con Persia.

5. Lo que sí puede afirmarse, en contra del testimonio de Heródoto (y P. TOZZI, “Erodoto e le responsabilità dell’inizio della rivolta ionica”, *Athenaeum* 65 (1977), págs. 127 y ss., lo ha puesto de relieve), es que la sublevación jonia fue preparada con bastante previsión por Aristágoras, a quien hay que relacionar con los partidos antitiránicos que existían en las ciudades griegas de Asia Menor.

5.1. La causa inmediata de la sublevación, según Heródoto, se debió a la petición de ayuda que unos oligarcas naxios dirigieron a Aristágoras para que éste los repatriara a la isla, de donde habían sido expulsados por el partido popular<sup>27</sup>.

5.2. Este pretexto (que Heródoto interpreta erróneamente, en la creencia de que Aristágoras deseaba erigirse en tirano de Naxos, apoyado por los persas<sup>28</sup>) fue utilizado por el caudillo jonio para solicitar permiso a Artáfrenes<sup>29</sup> a fin de

26. Cf. C. SCHRADER, *La paz de Calias. Testimonios e interpretación*, Barcelona, 1976. En la línea, por mí apuntada, del carácter literario de la paz, aunque con diferentes presupuestos, vid. recientemente J.W. DAY, *The glory of Athens. The Popular Tradition as reflected in the Panathenais of Aelius Aristides*, Chicago, 1980, págs. 140-171.
27. En principio puede resultar extraño que unos oligarcas acudieran a un régimen nominalmente tiránico en demanda de apoyo (cf., no obstante, TUCIDIDES, II 33, para un caso similar). Sin embargo, en esta ocasión el motivo se debe a la propia política interior de Mileto. Esta ciudad había sido víctima de una guerra civil por espacio de dos generaciones, las que mediaron entre la tiranía de Trasibulo (cuyo fin debe situarse hacia 595/590 a.C.) y la de Histieo, que se alzó con la tiranía de Mileto hacia 525 a.C. Fueron los parios quienes mediaron como árbitros (sobre el arbitraje como recurso para subsanar diferencias nacionales o internacionales, cf. V. MARTIN, *La vie internationale dans la Grèce des cités. VI<sup>e</sup>-IV<sup>e</sup> s. av. J.C.*, París, 1940, págs. 491 y ss.), inclinándose por los terratenientes; una solución que debió de satisfacer a los persas.
28. Pues un pariente próximo de Histieo —un sujeto que, para los persas, resultaba sospechoso, y por eso había sido “invitado” a trasladarse a Susa— no hubiera tenido ninguna posibilidad de ser nombrado gobernador de Naxos. Y esto debía de saberlo Aristágoras mejor que nadie. Cf. J.A.S. EVANS, “Histiaeus and Aristagoras. Notes on the Ionian Revolt”, *American Journal of Philology* 84 (1963), págs. 113 y ss.
29. Artáfrenes (que corresponde, en persa antiguo, a *Artafarnah* (nombre bitemático que significa algo así como “el glorioso”), por lo que en griego debería transcribirse *Artaférnēs*, y así se lee en algunos manuscritos; pero, probablemente, se pronunciaba y escribía Artáfrenes por influencia de la palabra griega *phrēn*, que designa la sede de sentimientos y afectos, de la voluntad, inteligencia, etc.) era sátrapa de Lidia (la satrapía se llamada *Sparda* por el nombre persa de Sardes). Tenía autoridad sobre las circuns-

reunir una flota jonia para que atacara la isla.

a) El plan de Aristágoras parece, pues, claro: conseguir la anuencia persa para que la flota jonia se concentrase sin despertar sospechas y, acto seguido, sublevarse contra el imperio.

5.3. Sin embargo, las cosas no salieron como preveía. El sátrapa de Sardes dispuso, tras recibir la correspondiente autorización de Darío<sup>30</sup>, que Naxos fuera tomada en primavera del año 499 a.C. por una flota combinada jonio-persa, y Aristágoras hubo de modificar sus proyectos.

a) Heródoto nos cuenta que la toma de Naxos no pudo llevarse a cabo porque Aristágoras se indispuso con Megábatas, el almirante de la flota persa, y que este último traicionó la empresa, advirtiendo a los naxios de lo que se avecinaba.

b) Pero dicho testimonio no debe de responder a la realidad, ya que un persa de sangre real<sup>31</sup>, como Megábatas, no hubiese hecho fracasar una expedición expresamente aprobada por Darío<sup>32</sup>. Lo más probable es que fuera el propio Aristágoras quien informase a los naxios del inminente ataque, dado que no eran esas, en realidad, sus verdaderas intenciones.

cripciones tributarias de Lidia y Jonia, y a que Jonia no constituía una unidad político-territorial que tuviera a su frente a un sátrapa. El nombramiento de Artáfnes tuvo lugar en 512 a.C. Cf. E. HERZFELD, *The Persian Empire*, Wiesbaden, 1968, págs. 310-311.

30. Los sátrapas, para importantes expediciones militares fuera de sus satrapías, necesitaban la expresa aprobación del rey (su poder militar se circunscribía a controlar el orden en su provincia, y su derecho a declarar la guerra solamente abarcaba a tribus insurrectas dentro, o en las fronteras, de su provincia). Cf. O. LEUZE, *Die Satrapieneinteilung in Syrien und im Zweistromlande* (Schriften der Königsberger Gelehrten-Gesellschaft, 4), 1935, págs. 45 y ss.
31. Ya que era primo de Darío y pertenecía a la casta de los Aqueménidas (del persa *Hahāmanišiya*, que significa "de afable corazón"), que constituían una casta de la tribu de los pasargadas (junto a los marafios y los maspios, las tribus sobre las que había imperado el padre de Ciro, en el reino de Anzan, antes de independizarse de los medos). Recibían tal nombre de su antepasado Aquémenes (= persa, *Hahamanis*). Darío pertenecía a una línea colateral de dicha casta.
32. El que, posteriormente, fuese nombrado sátrapa de Frigia (cf. TUCIDIDES, I 129, 1) tiende a contradecir la historicidad de su pretendida traición.

6. Por otra parte, parece indudable que, si el relato de Heródoto fuese cierto, tras el fracaso sufrido en Naxos, Aristágoras no habría conseguido arrastrar a la mayoría de las ciudades jonias a una revuelta concebida para salvaguardar tan sólo sus intereses personales, tal y como ha señalado acertadamente M. LANG (“Herodotus and the Ionian revolt”, *Historia* 17 (1968), págs. 24 y ss.).

6.1. Y, además, la acuñación de una moneda especial, para afrontar los gastos de la guerra (una moneda de idéntico peso y reverso), demuestra, en opinión de R. MEIGGS (“Electrum staters of the Ionian cities”, *The Athenian Empire*, Oxford, 1972, págs. 441-442), una coordinación inicial entre las ciudades sublevadas<sup>33</sup>.

7. Como es natural, el objetivo de los sublevados era limitado: mediante una serie de rápidos éxitos, que forzaran a los persas a llegar a un acuerdo de suspensión de hostilidades, conseguir que la administración persa adoptara unas medidas menos lesivas, política y económicamente, para los deseos de los jonios de Asia Menor. Y todas las fases de la sublevación demuestran claramente ese propósito.

8. Así hay que interpretar el viaje de Aristágoras a Grecia, en invierno del año 499, a fin de recabar ayuda para su causa.

8.1. Ayuda que le fue negada en Esparta (con tendenciosidad, sin duda, en la fuente lacedemonia<sup>34</sup> que sirvió de testimonio a Heródoto para su narración de la entrevista mantenida entre Aristágoras y el rey Cleómenes I, ya que la negativa espartana<sup>35</sup> se basaba en que el *epítropos*<sup>36</sup> de Mileto había propues-

33. En diversas excavaciones realizadas en la costa egea de Asia Menor, se han hallado hasta catorce *estateras* (monedas, generalmente de oro, que tenían un peso superior a los 4 gr.) y numerosas *héctai* (= 1/6 de estatera) de electron, pertenecientes a las diversas ciudades jónicas que se sublevaron contra Persia. Y lo más destacable es que esas monedas presentan acuñados unos símbolos —diferentes según las distintas ciudades—, de carácter político (democrático en su mayoría), que no hacen referencia a los símbolos heráldicos peculiares de las acuñaciones de las ciudades. Ello permite pensar que, con ocasión de la revuelta, se emitió en las ciudades jonias una acuñación especial para sufragar los gastos de la guerra. Cf. G. NENCI, “La monetazione della rivolta ionica nei suoi aspetti economici e politici”, *Studi A. Fanfani*, I, Milán, 1962, págs. 71-83.

34. Cf. G. NENCI, “Le fonti di Erodoto sull’insurrezione ionica”, *Rendiconti Acad. Naz.* 5 (1950), págs. 106 y ss.

35. Que pudo muy bien expresar a título personal Cleómenes I (a la sazón rey de Esparta), ya que el monarca lacedemonio se caracterizó por su personal actuación en la política

to a Cleómenes atacar el centro neurálgico del imperio persa: su capital, Susa<sup>37</sup>; cuando la idea de llevar la guerra contra los persas al continente asiático no cobró cuerpo en Grecia hasta

exterior espartana mientras estuvo en el trono (cf. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte bis zur Schlacht bei Chaeroneia*, I, Gotha, 1893, 2ª ed., pág. 548, nota 7; Th. LENSCHAU, "König Kleomenes I. von Sparta", *Klio* 31 (1938), págs. 412 y ss.; y, recientemente, S.C. KLEIN, *Cleomenes. A Study in early Spartan Imperialism*, Kansas-Lawrence, 1973), hasta el extremo de que algunos críticos han apuntado la posibilidad de que Cleómenes, en lugar de acabar suicidándose, como indica Heródoto, en VI 75 (cf. A. GIUSTI, "Il suicidio di Cleomene", *Atene e Roma* 10 (1929), págs. 54 y ss.), fuera asesinado por los propios lacedemonios por considerarlo un peligro para el Estado. Cf. K.J. BELOCH, *Griechische Geschichte*, II, 1, Estrasburgo, 2ª ed., 1916, pág. 36. En el siglo V a.C. la decisión competía a la Asamblea espartana; cf. TUCIDIDES, I 67; 72; 79; 87; JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 3; etc.; y quienes debían tratar, en primera instancia, con los embajadores solicitantes eran los éforos, cf. TUCIDIDES, I 131; VIII 12; JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 13; 19; III 1, 1; V 2, 9; 11; VI 4, 17; *Constitución de los lacedemonios* 11, 2; etc.). La fecha del comienzo del reinado de Cleómenes es controvertida. Poseemos dos *termini ante quos*: 1. Su relación con Meandrio de Samos, que hay que fechar en 520/519 a.C. (cf. HERODOTO, III 148; PLUTARCO, *Apophth. Lac.* 224 a). 2. La recomendación que Cleómenes hizo a los plateos, ante su petición de ayuda contra los tebanos, para que recurrieran a los atenienses, en 519 a.C. (según TUCIDIDES, III 55; 68, 5; la fecha, con todo, es problemática y hay que pensar, más bien, en el año 509; cf., *infra*, nota 83), firmándose un tratado entre Atenas y Platea (cf. H. BENGTSON, *Die Staatsverträge des Altertums*, II..., núm. 119, pág. 15). El *terminus post quem* hay que situarlo en el año 523 a.C., ya que, en 525/524, los espartanos apoyaron a los exilados samios contra Polícrates (cf. HERODOTO, III 46-47; 54-56) y Cleómenes no es mencionado, cuando hay que pensar que lo habría sido en III 46, 1, ya que Heródoto demuestra conocer bien las vicisitudes del reinado de Cleómenes (cf. III 148; V 39; 41-42; 54; 64; 70; 72-76; 90; VI 50-51; 61; 64-66; 73-76; 78-81; 84; 85; 92; 108; VII 148; 205; 239). Pese a todo, se ha propuesto una cronología más temprana; cf. V. MERANTE, "Sulla cronologia di Dorieo e su alcuni problemi connessi", *Historia* 19 (1970), págs. 272 y ss.

36. Es decir, el "regente" de Mileto. Era frecuente que los tiranos, si debían ausentarse de su ciudad, delegaran la autoridad en una persona afecta a ellos, a quienes *confiabán* (eso significa en griego el verbo *epitropeúein*) el gobierno.
37. Los reyes de Persia no residían permanentemente en Susa. Según JENOFONTE (*Anábasis* III 5, 15; *Ciropedia* VIII 6, 22), el monarca persa pasaba en Susa la primavera, y el verano en Ecbatana, por su clima más benigno en esa estación; mientras que el resto del año tenía su sede en Babilonia. En Heródoto, sin embargo, Susa es siempre la capital del imperio (cf., asimismo, *Nehemías* I 1; *Esther* I 2; *Daniel* VIII 2), pues el historiador ignoraba la existencia de Pasargada y Persépolis (= *Parsa*), donde los reyes persas eran enterrados. Cf. A.T. OLMSTEAD, *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948, págs. 162-171. No obstante, Susa sí que era la sede más importante del erario real (cf. ARRIANO, *Anábasis* III 16; aunque también en Persépolis, Pasargada y Ecbatana había importantes tesoros, cf. DIODORO, XVII 71; y ARRIANO, *Anábasis* III 19). Según DIODORO (XVII 66), cuando Alejandro tomó Susa, en 331 a.C., encontró en el tesoro real la suma de 9.000 talentos en monedas de oro (más de 233 toneladas), y 40.000 talentos en lingotes (más de 1.030 toneladas de oro).

después de la segunda guerra “médica”<sup>38</sup>).

8.2. Y, en segundo término, éxito de su petición en Atenas (así como en Eretria); pero éxito limitado: los atenienses sólo enviaron veinte naves de socorro. Un aporte ciertamente exiguo y que respondía a las vicisitudes por las que la propia Atenas estaba atravesando en aquellos momentos<sup>39</sup>.

a) Atenas no era, en 499 a.C., la potencia naval que llegaría a ser quince años después<sup>40</sup>.

b) La tensión con Egina era permanente, y enviar más barcos a Asia hubiese resultado extremadamente peligroso para la seguridad nacional ateniense<sup>41</sup>.

c) Por razones de política interior, ya que en la Asamblea sólo una pequeña mayoría debió de votar favorablemente

38. Cf. F. JACOBY, “Herodotos”, *Real-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft*, Suppl. II, Stuttgart, 1913, cols. 438-439. En realidad, la negativa espartana a prestar ayuda a los jonios se debía a la política peloponesia que por esas fechas seguía Esparta. Al margen de que el ejército lacedemonio era exclusivamente terrestre y carecía de experiencia en campañas realizadas lejos de su territorio, el constante peligro que suponía la sojuzgada Mesenia (cuyos levantamientos eran posibles en cualquier momento), las diferencias con Argos por problemas fronterizos, y la necesidad de cohesionar la liga peloponesia (en los años inmediatamente anteriores a la llegada de Aristágoras a Lacedemonia, Corinto se había negado a seguir las directrices espartanas; cf. HDTO., V 75-76 y 93) impedían a Esparta destacar tropas fuera del Peloponeso. Cf. G.L. HUXLEY, *Early Sparta*, Londres, 1962, págs. 69 y ss.; y P. OLIVA, *Sparta and her social problems*, Amsterdam-Praga, 1971, págs. 102 y ss. y 132 y ss.
39. Cf. A. W. GOMME, “Athenian politics 510-483 B.C.”, *American Journal of Philology* 65 (1944), págs. 321 y ss. (= *More Essays in Greek History and Literature*, Oxford, 1962, págs. 19 y ss.).
40. Hasta el punto de depender en ocasiones de la flota corintia (cf. HERODOTO, VI 89). Corinto, a finales del siglo VI a.C., mantenía cordiales relaciones con Atenas fundamentalmente por dos razones: por su temor a que una alianza entre Atenas y Esparta les hiciera perder importancia dentro de la liga peloponesia; y porque se inclinaban por Atenas en su lucha contra Egina, ya que la isla constituía, por su dinamismo comercial, un serio peligro para la prosperidad corintia. Cf. J.A.O. LARSEN, “The constitution of the Peloponnesian League”, *Classical Philology* 28 (1933), págs. 257 y ss.; y Ed. WILL, *Korinthiaka*, París, 1955, págs. 651-653. Las relaciones entre Atenas y Corinto cambiaron, sin embargo, de signo cuando, a instancias de Temístocles, Atenas se dedicó a incrementar notablemente su flota, y pasaron a ser claramente hostiles hacia 458 a.C. (cf. TUCIDIDES, I 105 y ss.).
41. Cf. A. ANDREWES, “Athens and Aegina, 510-480 B.C.”, *Annual British School Athens* 37 (1936-37), págs. 1 y ss.; L.H. JEFFERY, “The campaign between Athens and Aegina”, *American Journal of Philology* 83 (1962), págs. 44 y ss.; y, en general, vid. T.J. FIGUEIRA, *Aegina and Athens in the archaic and classical periods. A socio-political investigation*, Filadelfia, 1977.

la petición de Aristágoras (lo que, probablemente, motivó que pronto se diera al contingente ateniense la orden de regresar de Jonia<sup>42</sup>). Los Alcmeónidas, por ejemplo, habían sido partidarios, en el año 507, de un entendimiento con Persia<sup>43</sup>. Y, por su parte, los adversarios del régimen clisténico<sup>44</sup> no verían con buenos ojos el apoyo a unos insurgentes que habían implantado la *isonomía*<sup>45</sup> en sus ciudades.

42. Hasta el extremo de que, al parecer, no tomaron parte en la pretendida derrota que el ejército jonio que había atacado Sardes sufrió en Efeso a manos de los persas. Con todo, la historicidad de esa batalla ha sido cuestionada porque, al margen de la no presencia del contingente ateniense al lado de los jonios, CARONTE DE LAMPSACO (un historiador griego, contemporáneo o algo anterior a Heródoto, al que se atribuirían diversas obras) no la mencionaba en sus *Persiká* o *Historia de Persia*, donde trataba de la toma de Sardes y del posterior regreso de los jonios. Cf. L. PICCIRILLI, "Carone di Lampsaco ed Erodoto", *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 5 (1975), págs. 1.239 y ss.
43. Cf. HERODOTO, V 73. Pese a que el testimonio del historiador al respecto es poco claro, la situación política por la que, en el contexto internacional griego, atravesaba la naciente democracia de Atenas (enemistad con Esparta —y, en consecuencia, con la liga peloponesia—; con Eubea, donde los aristócratas de Calcis debían de estar temerosos de las reformas clisténicas y de la expansión ateniense, ya desde Pisístrato, en la Calcídica, donde Calcis tenía importantes intereses, así como de la amistad que Atenas mantenía con Eretria, la tradicional rival de Calcis; con Mégara, ciudad a la que Atenas había despojado de la isla de Salamina; con Tebas, que había visto con malos ojos la alianza de Platea con Atenas (cf., *supra*, nota 35); y con la Liga Tesalia que aparentemente apoyaba a los Pisistrátidas, cf. HDTO., V 63, 3) movió a los atenienses a solicitar el respaldo de una gran potencia. La fecha de esta alianza, que llegó a consumarse sólo momentáneamente, se sitúa en 507/506 a.C. y sus promotores debieron de ser los Alcmeónidas. Cf. F. SCHACHERMEYR, "Athens als Stadt der Grosskönig", *Grazer Beiträge* 1 (1973), págs. 211 y ss.
44. Al parecer, en los primeros años del siglo V, la autoridad de los Alcmeónidas sufrió en Atenas cierta merma. De hecho, en 496/495 fue elegido arconte un miembro de la familia de los Pisistrátidas (cf. ARISTOTELES, *Const. Atenas* 22, 4; DIONISIO DE HALICARNASO, *Ant. Rom.* V 77, 6; y K.J. DAVIES, *Athenian Propertied Families 600-300 B.C.*, Oxford, 1972, págs. 451-452).
45. Es decir, la igualdad de derechos civiles y políticos de los ciudadanos. Era la consigna política que expresaba de la forma más escueta el carácter propio de la democracia, opuesto al ejercicio ilimitado del poder por parte de los tiranos; y era el término en uso, para designar un régimen democrático, antes de que el concepto de "democracia" se generalizara. Cf. G. VLASTOS, "Isonomía Politikē", *Studien zur Gleichheitsvorstellung im griechischen Denken*, Berlín, 1964, págs. 1 y ss.; y V. EHRENBURG, *From Solon to Sokrates*, Londres, 1973, pág. 412, nota 42, donde se incluye bibliografía. Sobre la efectiva deposición de las tiranías en Jonia por parte de Aristágoras, cf. A.R. BURN, *Persia and the Greeks. The Defence of the West, 546-478 B.C.*, Londres, 1962, pág. 197.



9. La primera medida de carácter militar adoptada por los jonios respondió también al objetivo inicial que se habían trazado los sublevados: una expedición combinada contra Sardes, que fue tomada e incendiada (salvo la acrópolis) en 498 a.C. Y, aunque la crítica moderna no ha juzgado, en términos generales, acertada esta estrategia de los jonios, el plan perseguido con el ataque a Sardes parece del todo coherente (desechando, eso sí, el testimonio de PLUTARCO, *De Herodoti malignitate* 24, sobre que la incursión contra Sardes tenía como objetivo obligar a los persas a abandonar el asedio que estaban realizando contra Mileto<sup>46</sup>). Veamos, pues, esa coherencia en relación con otras medidas tomadas por los jonios.

9.1. Primero: el traslado a Dorisco, en Tracia, de los peonios deportados por Darío a Frigia<sup>47</sup>; traslado ordenado por Aristágoras y que tendría por objeto distraer la atención de los

46. El testimonio de Plutarco se basa en el fragmento 1 de LISANIAS (F. JACOBY, *F. Gr. Hist.* 426) y en el fr. 10 de CARONTE DE LAMPSACO (*F. Gr. Hist.* 262).

47. Los peonios constituían un pueblo de origen tracio o ilirio (se ha pensado también en un origen mixto), dividido en diversas tribus (cf. ESTRABON, VII, fragmento 20; y ESTEBAN DE BIZANCIO, s.v. *Amydón*), y establecido al norte de Macedonia, entre los valles del Axio y el Estrimón. Conocidos ya por Homero (que los consideraba originarios de Amidón, ciudad sita a orillas del río Axio, apareciendo en la *Iliada* como aliados de los troyanos; cf. II 848-850; XVI 287-288), las presiones macedonias y tracias hicieron que, en el siglo V a.C., sólo quedasen grupos de peonios en Macedonia oriental. Cf. TUCIDIDES, II 98-99; POLIBIO, XXIII 10, 4; LIVIO XL 3, 3; ESTRABON, VII, fragmento 41; y, en general, B. LENK, s.v. *Paiones*, *Real Encyclopädie...*, XVIII 2 (1942), cols. 2.403 yss. La razón que impulsó a Darío a ordenar la deportación de los peonios (una práctica usual en las monarquías orientales; cf. D. AMBAGLIO, "Il motivo della deportazione in Erodoto", *Rendiconti dell'Istituto Lombardo* 99 (1975), págs. 378 y ss.) se debió al peligro que, para los fines expansionistas persas en Europa, suponía la presencia en Tracia de un pueblo tan belicoso como el de los peonios.

Dorisco era el nombre de la zona litoral tracia al Oeste de la desembocadura del Hebro; y se llamaba así por la plaza del mismo nombre que distaba del mar unos 10 Km. Como en dicha localidad (que era una verdadera plaza fuerte) había acantonada una guarnición persa desde la época de la campaña escítica de Darío (cf. HERODOTO, VII 59), se ha pensado en la imposibilidad de que el desembarco de los peonios tuviera lugar allí, sobre todo considerando que la zona estaba a unos 200 Km. de distancia del río Estrimón. De considerar histórico el episodio, caben dos interpretaciones: 1. Que los lesbios (los encargados de llevar, con sus navíos, a los peonios a Europa) escogieran dicho lugar por su propia comodidad, sin tener en cuenta las futuras penalidades de los peonios. 2. Que todo respondiera, y es lo más probable, a un plan premeditado. Como los sublevados pensaban ganarse para su causa a las ciudades del Helesponto, el desembarco de los peonios en Dorisco —con la consiguiente marcha de estos últimos desde allí hasta el Estrimón— tendría por objeto distraer la atención y los efectivos persas de la zona de los estrechos, cosa que, cabe deducir, fue conseguida.

persas acantonados en la zona de los estrechos septentrionales (el Helesponto y el Bósforo, concretamente).

9.2. Segundo: con el ataque a Sardes se pretendía obligar a los persas de guarnición en Asia Menor a concentrar sus fuerzas en Lidia.

9.3. Luego —cosa que se logró— se buscó la adhesión de las ciudades del Helesponto y el Bósforo, así como de las de Caria y Chipre<sup>48</sup>. La primera fase de la sublevación jonia fue, por lo tanto, un éxito.

9.4. Finalmente —y en este extremo no se alcanzaron los objetivos apetecidos, pues (como ha señalado G. WALSER, “Zum griechisch-persischen Verhältnis vor dem Hellenismus”, *Historische Zeitschrift* 220 (1975), págs. 529-542) Persia nunca concertaba tratados de paz en igualdad de condiciones—, sembrando el desconcierto entre las fuerzas persas, intentar alcanzar una paz de compromiso.

10. Pero la contraofensiva persa no se hizo esperar y, actuando con sus efectivos en una maniobra de tenaza, acabaron por sofocar la revuelta.

10.1. En 497/496 a.C. los persas lograron de nuevo la sumisión de Chipre, que era lo más urgente para despejar el flanco sur a las operaciones de la flota fenicia<sup>49</sup>.

10.2. También en 497/496, los persas doblegaron a los insurgentes del Helesponto y la Propóntide, al norte, y a los carios, al sur<sup>50</sup>.

10.3. Por último, las fuerzas persas convergieron sobre Mileto.

48. Como todo ello tuvo lugar tras la toma de Sardes, la batalla de Efeso, si es que llegó a producirse, no sucedería a renglón seguido del incendio de la capital lidia, pues cabe suponer que la revuelta no se habría extendido si los jonios habían sido ya derrotados. Chipre había sido conquistada por los persas poco antes de la campaña que Cambises llevó a cabo contra Egipto en mayo/junio del año 525 a.C. Cf. A.T. OLMSTEAD, *History of the Persian Empire...*, págs. 36 y ss.

49. El esfuerzo de la contraofensiva persa se centró, ante todo, en Chipre porque el control sobre la isla era vital para no ver amenazadas las bases navales de Cilicia y las sirio-fenicias. La importancia estratégica de Chipre hizo que los griegos trataran en tres ocasiones, a lo largo del siglo V a.C., de liberar la isla del dominio persa (en 478 al mando de Pausanias, cf. TUCIDIDES, I 94; y, en 459 y 449, en sendas expediciones realizadas por los atenienses, cf. TUCIDIDES, I 104; 112).

- a) En 494 a.C. los jonios fueron derrotados por la flota fenicia en la batalla de Lade<sup>51</sup>, gracias a la deserción de importantes contingentes navales griegos.
- b) Y, en otoño de 494, Mileto cayó definitivamente en poder de los persas. En ese mismo año toda Jonia quedó nuevamente sometida<sup>52</sup>.

### 3. LOS PERSAS CONTRA GRECIA. LA APROXIMACION AL ATICA

1. Dos años después —es decir, en 492 a.C.—, Mardonio<sup>53</sup>, por orden de Darío, llevó a cabo una expedición, integrada por contingentes navales y terrestres, contra Grecia septentrional.

50. Cf. HERODOTO, V 116-123.

51. Un islote situado frente a la ciudad de Mileto que protegía el acceso al mayor de los cuatro puertos que poseía Mileto (cf. ARRIANO, *Anábasis* I 18 y ss.). En la actualidad, los aluviones del río Meandro han colmatado el golfo latmíaco (a orillas del cual se hallaba Mileto), y la isla —que lo seguía siendo en época de Estrabón— se ha convertido en una pequeña colina distante unos 3 Km. del mar. Sobre la batalla, cf. R. VAN COMPERNOLLE, “Sur la date de la bataille navale de Ladè”, *L'Antiquité Classique* 17 (1968), págs. 24 y ss.

52. Cf. N.G.L. HAMMOND, “Studies in Greek Chronology”, *Historia* 4 (1955), págs. 385 y ss. A destacar la hostilidad del oráculo delfico contra Mileto (cf. H.W. PARKE, D.E.W. WORMELL, *The Delphic Oracle*, I, Oxford, 1956, pág. 175), pues la ciudad cabeza de la revuelta contra los persas había sido el centro de la especulación jonia, que minaba las creencias tradicionales, y, además, porque poseía en Dídima (localidad del territorio milesio, situada a unos 12 Km. al sur de la capital) un afamado santuario consagrado a Apolo, todo lo cual no debía de ser del agrado de los sacerdotes delfios que, por otra parte, consideraban invencible al rey persa. Cf. HERODOTO, VII 140; y R. CRAHAY, *La littérature oraculaire chez Hérodote*, París, 1956, págs. 175-179 (sobre el oráculo pronunciado en Delfos contra los milesios, vid. HOTO, VI 19, 2).

53. Mardonio (que es la transcripción griega del persa *Marduniya*; sobre su etimología, que presenta problemas, cf. R.G. KENT, *Old Persian. Grammar, Texts, Lexicon.*, New Haven, 1950, 203 a, con bibliografía) era yerno de Darío, por su matrimonio con Artozostra; sobrino del monarca, pues su padre Gobrias (uno de los siete conjurados contra Bardiya; sobre el episodio, cf. HERODOTO, III 70 y ss.; A.T. OLMS-TEAD, “Darius and his Behistun Inscription”, *American Journal of Semitic Languages and Literatures* 55 (1938), págs. 392 y ss.; *History of the Persian Empire...*, págs. 92-93 y 117-118) lo había tenido con una hermana de Darío; y cuñado, pues una hermana suya estaba casada con el Gran Rey. Nombrar a miembros de la casa real como generales de determinadas expediciones, o como gobernadores de provincias alejadas (caso de Artáfrenes en Sardes, por ejemplo), era uno de los medios de los que el poder central persa se valía para limitar el poder de los sátrapas.

1.1. La campaña tuvo éxito desde el punto de vista estratégico, ya que se lograron los fines perseguidos (la dominación militar sobre Macedonia —conseguida ya nominalmente por Megabazo veinte años antes—, y el control de Tracia<sup>54</sup>), si bien la flota se vio diezmada inopinadamente debido a una tempestad que se abatió sobre ella en las proximidades del monte Atos, en el extremo sudoriental de la península de Acté, en la Calcídica<sup>55</sup>.

2. Según HERODOTO (VI 43, 4), el objetivo de la expedición de Mardonio era castigar a Eretria y Atenas por la ayuda que ambas ciudades habían prestado a los rebeldes jonios.

2.1. Pero esta afirmación es incorrecta y producto de una interpretación griega *a posteriori*<sup>56</sup>.

2.2. Y tampoco debe de ser cierta la presunta demanda de sumisión dirigida por Darío a los griegos, en 491 a.C., al solicitarles “la tierra y el agua” (la fórmula implicaba una exigencia para usufructuar la tierra y el agua en el caso de que un ejército persa tuviera que atravesar el territorio del Estado al que se

54. Cf. P. CLOCHÉ, *Histoire de la Macédonie...*, págs. 49 y ss.

55. El naufragio, que es mencionado por Heródoto en VI 44, 2-3, no debió de producirse, como sugiere el historiador, en el viaje de ida a Grecia septentrional, sino cuando la expedición de Mardonio (que no tenía como objetivo atacar Atenas) regresaba, a finales del otoño del año 492. Sobre el éxito persa en la consecución de sus planes, cf. H. CASTRITIUS, “Die Okkupation Thrakiens durch die Perser”, *Chiron* 2 (1972), págs. 1 y ss.

56. El historiador sostiene (cf. V 97, 3) que el envío de las veinte naves atenienses en socorro de los jonios “fue un germen de desgracias” (*arché kakōn*); esto es, que, entre el incendio de Sardes, en 498 a.C., y la destrucción de Atenas en 480 (cf. VIII 50-53), veía una relación lógica. Pero esa relación es más compleja. De hecho el enfrentamiento llegó a producirse por el expansionismo aqueménida de base teológica —del que la expedición contra Escitia es sintomático—: los persas aspiraban a la dominación del mundo, tal y como les prometía su dios supremo, Ahuramazdah. Las causas de las guerras médicas estriban, en última instancia, en el dominio persa sobre gran parte del Egeo, lo cual los ponía en contacto con los pueblos de Grecia peninsular. Es posible que Darío estuviese convencido, a raíz de la revuelta jonia, de que la seguridad en los dominios occidentales del imperio sólo podía conseguirse mediante la sumisión de todo el mundo griego. Pero, en cualquier caso, fueron los atenienses quienes, una vez conseguida la victoria, empezaron a difundir la afirmación de que los persas venían preparándose contra ellos desde el año 498. Cf. V. MARTIN, “La politique des Achéménides. L’exploration, prélude à la conquête”, *Museum Helveticum* 22 (1965), págs. 38 y ss. (aunque algunos de sus puntos de vista son discutibles); y H.U. INSTINSKY, “Herodot und der 1. Zug des Mardonios gegen Griechenland”, *Hermes* 84 (1956), págs. 477 y ss.

dirigía la demanda).

a) Heródoto debió de pensar que la misión encomendada por Jerjes a los heraldos persas, en 481 (cf. VII 32), era una repetición de algo ordenado ya previamente por Darío<sup>57</sup>.

3. Sea como fuere, en junio del año 490, los persas (cuyos planes no eran, como pretende Heródoto, someter Grecia, según lo prueba el que no conservaran en su poder Eretria una vez conquistada, sino asegurar la frontera occidental del imperio estableciendo gobiernos filopersas en las Cícladas; y, de paso, repatriar a Hippias a Atenas<sup>58</sup>), al mando del medo Datis —a quien acompañaba, como mero representante del poder real, el hijo del sátrapa de Sardes, Artáfnes, que se llamaba como su padre<sup>59</sup>—, partieron de la llanura de Aleo<sup>60</sup>, en Cilicia, donde estaba enclavada la más importante base naval persa; y lo hicieron, según Heródoto, con seiscientos trirremes, sin incluir a los navíos destinados al transporte de los caballos.

57. Cf. H. BENGTON, *Griechische Geschichte. Von den Anfängen bis in die römische Kaiserzeit*, Munich, 4ª ed., 1969, pág. 163 (la crítica, sin embargo, no se muestra unánime en este punto (cf., por ejemplo, K. KRAFT, “Bemerkungen zu den Perserkriegen”, *Hermes* 62 (1964), págs. 144 y ss.), considerando que Darío, tras la revuelta de Jonia y el éxito estratégico de la expedición de Mardonio, quería limitarse a consolidar la frontera egea del imperio mediante una simple sumisión nominal de las ciudades griegas). Según la tradición popular, de la que se hace eco Heródoto en VII 133, los atenienses arrojaron al heraldo persa al *báratro* (una antigua cantera situada al Oeste de la Acrópolis, donde se arrojaba a algunos condenados a muerte por delitos de alta traición o de sacrilegio), con lo que le daban “la tierra”; mientras que los espartanos lo echaron a un pozo, con lo que le dieron “el agua”. Cf. L.M. WÉRY, “Le meurtre des hérauts de Darius en 491 et l’inviolabilité du héraut”, *L’Antiquité Classique* 35 (1966), págs. 468 y ss.; y R. SEALEY, “The Pit and the Well: the Persian Heralds of 491 B.C.”, *Classical Journal* 72 (1976), págs. 13 y ss.
58. Tras su expulsión de Atenas, en 511/510 a.C., Hippias se dedicó a intrigar ante los persas para conseguir, con su apoyo, volver a conquistar la tiranía en Atenas. Cf. TUCIDIDES, VI 59, 4; y A.W. GOMME, A. ANDREWES, K.J. DOVER, *A historical commentary on Thucydides*, Oxford, 1970, IV, pág. 337.
59. El verdadero jefe de la expedición era Datis (en persa *Dāt*, que significa “emprendedor”), pese a ser medo, pues éstos no fueron reducidos a la esclavitud por los persas, sino que compartieron el poder con ellos, y, en ocasiones, ayudaron señaladamente al mantenimiento de la monarquía persa (cf. *Inscripción de Behistun* II 14,6; III 14, 3). Por su parte Artáfnes desempeñaría el papel de figura representativa en su calidad de miembro de la casa real.
60. Entre los ríos Saros y Píramo, al Este de la ciudad de Tarso (la ruta desde esta ciudad a Tápsaco, a orillas del Eufrates —ruta que siguió Ciro el Joven en la expedición contra su hermano Artajerjes II—, atravesaba esta llanura, ya conocida por HOMERO, cf. *Ilíada* VI 201). En general, cf. ARIANO, *Anábasis* II 5; ESTRABON, XIV, 5, 17.

3.1. Sin embargo, el número es convencional para una flota persa, ya que la cifra de seiscientas naves de guerra se repite en el potencial de los navíos persas que habían intervenido en la campaña de Escitia (cf. HERODOTO, IV 87), y en la batalla de Lade (cf. VI 9). Lo más probable es que las naves de guerra no sobrepasaran en mucho el centenar, por lo que, como todos los contingentes persas iban embarcados, su número oscilaría alrededor de los treinta mil hombres.

3.2. Además, la independencia operativa de las unidades persas, en lo que al abastecimiento de víveres se refiere, abona la teoría del número relativamente reducido de sus efectivos, que llevarían la mayoría de las provisiones para la campaña en las naves de transporte<sup>61</sup>.

4. La primera fase de la expedición persa se centró, tras costear Anatolia hasta Samos, en las Cícladas, conquistando Naxos<sup>62</sup> y, presumiblemente, la mayoría de las islas importantes, como parece deducirse de la campaña que, en 489 a.C., realizó Milcíades contra Paros, y como confirma el fragmento 63 de EFORO (*F. Gr. Hist.* 70)<sup>63</sup>.

61. Un ejército muy numeroso hubiera necesitado, para trasladarse a Grecia, seguir una ruta terrestre, a lo largo de las costas de Anatolia, Tracia y Tesalia, a fin de irse aprovisionando sobre el terreno.
62. Naxos posee una extensión de unos 450 Km<sup>2</sup> y es la mayor de las Cícladas. Su producto más celebrado en la Antigüedad era el vino (en las monedas de Naxos aparecía simbolizada una copa). Aun admitiendo que Naxos fuera en esta época la isla más próspera de la zona, su posición debió de declinar rápidamente, pues en Salamina sólo participó con cuatro navíos y, como miembro de la liga delo-ática, pagaba casi una tercera parte de la cantidad que tributaba Paros. PLUTARCO (*De Herodoti malignitate* 36) pretende, basándose en lo que denomina "cronistas" (*hōrográfoi*) naxios, que los persas, tras haber devastado la capital y parte de la isla, fueron expulsados de la misma por sus habitantes. Lo más probable, sin embargo, es que el patriotismo local convirtiera en una victoria lo que pudo ser un simple hostigamiento por parte de los naxios a algunos persas rezagados mientras las tropas de Datis estaban procediendo a reembarcar.
63. Al aludir a la expedición de Milcíades, Eforo afirma que había tenido un mayor alcance, puesto que se había dirigido contra más islas; punto en el que insiste NEPOTE, *Milcíades* 7: "ut insulas quae barbaros adiuverant bello persequeretur". En tiempos de la liga delo-ática, Paros era la isla del archipiélago de las Cícladas que pagaba el tributo más elevado. Cf. H.B. MATTINGLY, "Athenian Finances in the Peloponnesian War", *Bulletin de Correspondence Hellenique* 92 (1968), págs. 450 y ss.; y B.D. MERRITT, "Tribute Assessments of the Athenian Empire from 454 to 440 B.C.", *American Journal of Archaeology* 29 (1925), págs. 247 y ss.

5. La segunda fase de la expedición tuvo como objetivo Eubea: Caristo<sup>64</sup> fue tomada y, acto seguido, los persas atacaron Eretria.

5.1. El relato de Heródoto sobre el asedio persa a esta ciudad plantea ciertos problemas de interpretación, ya que los eretrieos pidieron ayuda a los atenienses y éstos pusieron a su disposición a los cuatro mil *clerucos*<sup>65</sup> que, desde el año 506 a.C., ocupaban las tierras de los *hipobotas*<sup>66</sup> de Calcis.

5.2. Pero, según el historiador, en Eretria había una facción filopersa que estaba dispuesta a entregar la ciudad a los atacantes (tal vez se trataba de amigos de Hippias<sup>67</sup>, pues los eretrieos ya habían ayudado a Pisístrato, en 539 a.C., a regresar a Atenas), en tanto que los demás eran partidarios de huir a las montañas de la isla<sup>68</sup>, lo que motivó que los *clerucos* atenienses abandonasen Eubea.

a) Sin embargo, como Eretria resistió inicialmente a los persas, es posible que esta explicación maximalista de la división de pareceres que reinaba en la ciudad fuera inven-

64. En la costa sur de la isla de Eubea.

65. Los *clerucos* eran ciudadanos pobres que recibían un lote de tierra (*klêros*), que solía ser suficiente para sustentarse como hoplitas, en territorios sometidos y confiscados a los primitivos habitantes, constituyendo guarniciones permanentes de la ciudad que los enviaba. Este especial tipo de colonización (cf. J. BÉRARD, *L'expansion et la colonisation grecques jusqu'aux guerres médiques*, París, 1960, pág. 4) fue utilizado principalmente por Atenas en tiempos de su expansión imperial. En las *cleruquías* los colonos conservaban la ciudadanía originaria y no constituían comunidades independientes, estando sujetos a los deberes militares de los ciudadanos, ya que los *clerucos* seguían permaneciendo inscritos en sus respectivas tribus. Cf. U. KAHRSTEDT, *Staatsgebiet und Staatsangehörige in Athen*, Stuttgart, 1934, págs. 359 y ss. Con este tipo de colonias (que, para su administración local, disponían de un consejo, asamblea, tribus y magistrados de tipo ateniense) se ayudaba económicamente a los necesitados, previendo su descontento, y a la vez se aseguraba una posición o dominio exterior.

66. Literalmente, “criadores de caballos”, actividad a la que sólo podían dedicarse las personas adineradas. Tanto en Calcis, como en Eretria, el gobierno estaba en manos de una oligarquía dedicada a la cría y exportación de caballos, un animal que en Grecia era, por aquel entonces, relativamente raro y muy valioso. Cf. ARISTOTELES, *Política* IV 3, 2-3.

67. Cf. H. DREXLER, *Herodot-Studien*, Hildesheim, 1972, pág. 152 y ss., que estudia el papel de las diversas facciones en las ciudades griegas a la hora de decidirse por resistir a los persas o por rendirse a ellos.

68. Eretria se hallaba situada justamente en las estribaciones meridionales de la cadena montañosa que, atravesando longitudinalmente Eubea de NO. a SE., tiene sus máximas cotas en los montes Dirfis, de 1.745 m. de altura, y Olimpo, de 1.171, a 12 Km. de cuya cima se encontraba la ciudad.

tada *ex eventu* en Atenas, para justificar el desamparo de los atenienses hacia los eretrieos.

b) Conviene en este punto recordar la “heterodoxa” interpretación de Sir Francis MAURICE (*Journal of Hellenic Studies* 52 (1932), págs. 13 y ss.; y 54 (1934), págs. 205 y ss.) acerca de la batalla de Maratón. Según dicha hipótesis —que es desechada por la crítica—, el ejército ateniense se hallaba acudiendo en socorro de Eretria, mientras que en Maratón había un destacamento persa guarneciendo una base secundaria de apoyo al grueso del ejército, que atacaba entonces Eretria, por lo que la batalla de Maratón se habría reducido al ataque de las fuerzas atenienses contra un pequeño campamento persa.

5.3. Pues bien, pese a su resistencia, Eretria, merced a la traición del partido filopersa, fue tomada tras seis días de asedio, la ciudad incendiada y saqueada (Heródoto afirma erróneamente que los templos fueron pasto de las llamas como represalia por el incendio de Sardes), y sus habitantes reducidos a la condición de esclavos<sup>69</sup>.

69. Sobre el destino de los eretrieos esclavizados, cf. F. GROSSO, “Gli Eretriosi deportati in Persia”, *Rivista Filologica Istruzione Classica* 86 (1958), págs. 350 y ss. Después de su destrucción en 490 a.C., Eretria no volvió a gozar de la importancia que había tenido hasta entonces, a pesar de que la ciudad fue reconstruida y envió siete navíos a Salamina (cf. HDTO., VIII 46, 2) y seiscientos hoplitas a Platea (cf. IX 28, 5). Algunas fuentes antiguas (cf. PLATON, *Leyes* 698 d; ESTRABON, X 1, 10) pretenden que los persas pusieron en práctica, en Eretria, la táctica de las “redadas” para capturar el mayor número posible de prisioneros (la “limpieza” de un territorio mediante una “redada” era un procedimiento táctico típicamente persa (cf. HERODOTO, III 149; y PLATON, *Menéxeno* 240 c), pero debía de aplicarse únicamente en pequeñas extensiones de terreno o en aldeas. Cf. G.C. WHITTICK, *L’Antiquité Classique* 22 (1953), págs. 27 y ss.). Pero esa tradición debe de basarse en la *Historia* de EFORO (historiador griego que vivió entre 405 y 330 a.C., aproximadamente, y que, entre otras obras que compuso y que ejercieron una gran influencia en sus contemporáneos y en los autores posteriores, escribió una “Historia Universal”, en treinta libros —conservada sólo muy fragmentariamente—, desde el “retorno de los Heráclidas” hasta el asedio de Perinto, en 341 a.C.), que habría citado el dato como un “herodotismo” de carácter puramente erudito y colorista.



#### 4. LOS PERSAS EN EL ATICA. MARATON

1. Siempre según Heródoto, los persas, tras unos pocos días de descanso, zarparon rumbo al Atica y desembarcaron en Maratón<sup>70</sup>, “porque —dice el historiador en VI 102— era la zona del Atica más apropiada para emplear la caballería y la más próxima a Eretria”.

1.1. Las palabras de Heródoto (que hace una narración, de la batalla librada en Maratón, confusa y con evidentes contradicciones) son en extremo sorprendentes, ya que, si los persas deseaban un lugar idóneo para emplear la caballería, el más adecuado hubiese sido la llanura de Falero<sup>71</sup>, tal y como, en 512/511 a.C., había demostrado la caballería tesalia que apoyó a Hípías<sup>72</sup> —por aquel entonces todavía tirano de Atenas—, al vencer a las fuerzas lacedemonias mandadas por Anquimolio<sup>73</sup>.

1.2. Y, por otra parte, no hay duda de que Oropo (el lugar al que pasaron los *clerucos* atenienses desde Eubea), o Ramnunte, en la costa norte del Atica, estaban más próximos a Eubea que Maratón.

70. El lugar elegido por los persas para desembarcar (a unos 40 Km. al NE. de Atenas) consistía en una bahía protegida, al Norte, de las peligrosas corrientes del estrecho de Eubea por el promontorio de Cinosura (“la cola de perro”). A dicha bahía daba una llanura, de unos 10 Km. de largo por 5 de ancho, que se extendía desde las estribaciones orientales del Pentélico. No obstante, el terreno no era excesivamente idóneo para una batalla en la que se emplearan grandes efectivos, pues la llanura se hallaba dividida transversalmente por el torrente Caradro y, en sus dos extremidades, había dos zonas pantanosas, siendo la situada al Norte verdaderamente impracticable. Cf. J.A.G. VAN DER VEER, “Met kleio te velde”, *Lampas* 7 (1974), págs. 88 y ss., para los detalles topográficos del escenario del combate.
71. El antiguo puerto de Atenas, situado al Sur de la ciudad. Mantuvo una gran actividad durante los siglos VII y VI a.C., pero cayó en desuso cuando, a comienzos del siglo V, se construyó el complejo portuario del Pireo.
72. La alianza entre Atenas y la liga tesalia debía de remontarse a tiempos de Pisístrato (Hegesístrato, uno de los hijos del tirano, recibía el sobrenombre de “Tésalo”; cf. TUCIDIDES, I 20, 2; VI 55, 1; ARISTOTELES, *Const. Atenas* 17, 3). Cf. H. BENGTSON, *Die Staatsverträge des Altertums...*, II, págs. 6-7, núm. 108.
73. O Anquímolo (cf. ARISTOTELES, *Const. Atenas* 19, 5). Si Esparta colaboró en la caída de Hípías, no fue por odio a la tiranía, sino por su deseo de incluir a Atenas en el número de sus aliados, extendiendo la confederación peloponesia al norte del Istmo de Corinto. Cf. J.A.O. LARSEN, “Sparta and the Ionian Revolt. A study of Spartan foreign policy and the genesis of the Peloponnesian League”, *Classical Philology* 27 (1932), págs. 136 y ss. Por otra parte, la política de los Pisistrátidas había sido pro-argiva (cf. HERODOTO, I 61, 4), cosa que para Esparta resultaba peligrosa.

2. ¿Por qué, según esto, desembarcaron los persas en Maratón?

2.1. Dado que el lugar (como ha analizado W.K. PRITCHETT, *Studies in Ancient Greek Topography*, Los Angeles, 1963, pág. 133) no permitía el despliegue de grandes efectivos, por la existencia de dos pantanos, en las zonas norte y sur de la llanura, y la de un torrente —el Caradro— que la dividía en dos, hay que considerar detenidamente qué razones movieron a los persas a desembarcar allí (al margen de que Hippias se lo aconsejara por seguir contando con partidarios en la Diacria).

2.2. Ante todo, hay que afirmar que los persas no pensaban trasladarse por tierra desde Maratón a Atenas, como lo demuestra el que no tomaran los pasos montañosos del Pentélico.

2.3. Pero es que, además, y de acuerdo con la interpretación de F. SCHACHERMEYR (“Marathon und die persische Politik”, *Historische Zeitschrift* 157 (1951), págs. 1 ss.), Datis pensaba —como así sucedió— atraer a los atenienses a Maratón para poner en práctica la siguiente estrategia:

a) Primero: mantener ocupados en Maratón a los hoplitas atenienses.

b) Dividir sus propias fuerzas, para atacar, con buena parte de ellas, Falero en un desembarco por sorpresa.

c) Conquistar Atenas con ayuda de los atenienses filopersas.

3. Al tener noticias de que los persas estaban desembarcando en Maratón, los atenienses, sin pérdida de tiempo, adoptaron dos resoluciones.

3.1. Salir al encuentro de los persas, y no esperar en Atenas el ataque de los invasores.

3.2. Solicitar ayuda a Esparta<sup>74</sup>.

74. Es probable que Atenas hubiese pactado con Esparta un acuerdo de defensa mutua (una *epimachía*) y de ahí que, al tener noticias de la caída de Eretria y del desembarco persa en Maratón, despachasen a toda prisa un mensajero a Lacedemonia, aduciendo que se había producido un *casus foederis* (cf. TUCIDIDES, I 44; V 47; 48; *et pássim*). Pero es indudable que el envío del correo se hizo cuando los atenienses ya habían decidido salir al encuentro de los persas. Cf. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 580.

4. A tal efecto, despacharon a esta última ciudad a un *hemero-dromo* (es decir, a un correo oficial que era capaz de recorrer grandes distancias diariamente, a paso rápido), llamado Filípides<sup>75</sup> (y no Fidípides, variante que presentan algunos manuscritos de Heródoto y que está inspirada en un chiste que aparecía en ARISTOFANES, *Nubes* 67, ya que, en griego, Fidípides significa “el que ahorra caballos”).

4.1. Filípides recorrió en un día los 200 km. que, aproximadamente, separan Atenas de Esparta<sup>76</sup>, y se presentó ante los magistrados espartiatas<sup>77</sup> (según una tradición posterior<sup>78</sup> —que, sin duda, fundió en una sola persona las misiones de dos correos diferentes—, Filípides regresó a Atenas, tuvo tiempo de tomar parte en la batalla de Maratón y llevó a Atenas la noticia de la victoria, muriendo acto seguido a consecuencia del esfuerzo realizado<sup>79</sup>).

4.2. Los espartanos, por su parte, ante la petición de ayuda formulada por el correo ateniense, manifestaron su imposibilidad de trasladarse al Atica inmediatamente, por estar cele-

75. Los autores antiguos transmiten unánimemente este nombre para el “correo” enviado a Esparta. Cf. PLUTARCO, *De Herodoti malignitate* 26; PAUSANIAS, I 28, 4; VIII 54-56.
76. Exactamente 1.140 estadios (= 202,5 Km.). Cf. ISOCRATES, *Panatenaico* 24; y PLINIO, *Hist. Nat.* VII 84.
77. Los éforos y los dos monarcas, que estaban encargados de tratar con las embajadas de potencias extranjeras y que representaban el poder ejecutivo de la aristocracia espartana. Cf. F. KIECHLE, *Lakonien und Sparta*, Munich-Berlín, 1963, págs. 220 y ss. Los éforos, o “inspectores” (de *ephoráō*), constituían un colegio de cinco magistrados que, a partir de unas atribuciones limitadas, llegaron a convertirse en los verdaderos rectores de Esparta. Su misión consistía en velar por el mantenimiento de la constitución y las buenas costumbres; de ahí que ejercieran una estrecha vigilancia que coartaba la iniciativa de reyes, jefes militares y *gerontes* (ancianos o “senadores”). En general, cf. A. ANDREWES, “The Government of classical Sparta”, *Ancient Society and Institutions* (Studies presented to V. Ehrenberg on his 75th birthday), Oxford, 1966, págs. 8 y ss. Sobre las atribuciones de los reyes de Esparta, cf. C.G. THOMAS, “On the role of the Spartan kings”, *Historia* 23 (1974), págs. 257 y ss. Frente al término *espartano*, que se refiere en general al habitante de la ciudad de Esparta, con independencia de su situación social, *espartiatas* alude a los miembros de la clase dominante, descendientes de los antiguos inmigrantes dorios.
78. Cf. PLUTARCO, *De glor. Ath.* 3; y L. BILINSKI, *L'antico oplite corridore di Maratona. Leggenda a realtà*, Roma, 1960.
79. Cf. T. ALLINSON, “The original Marathon Runner”, *Classical World* 24 (1931), pág. 152. En su recuerdo se celebra, en los Juegos Olímpicos de la Era Moderna, la carrera que todavía hoy se denomina “Maratón”, y que consta de 42,195 Km.

brando las fiestas *Carneas*, en honor de Apolo *Carneo*<sup>80</sup> (unas fiestas que no concluían hasta la luna llena del mes lacedemonio llamado *Carneo*; plenilunio que tuvo lugar entre el 9 y 10 de septiembre —o de agosto, pues hay divergencias entre los críticos— del año 490 a.C.<sup>81</sup>).

a) Y, aunque se ha pensado que el alegato de los espartiatas era un mero pretexto para no acudir en socorro de Atenas<sup>82</sup>, tendremos ocasión de comprobar lo decisiva que resultó su postrera intervención.

4.3. Quienes sí acudieron en ayuda de los atenienses sin pérdida de tiempo fueron los plateos, por el tutelaje que Atenas ejercía sobre Platea desde el año 509 a.C.<sup>83</sup>.

80. Los espartanos tenían la estricta obligación de celebrar las fiestas *Carneas*, que tenían lugar entre el día 7 y el 15 del mes *Carneo*, y que correspondía, al parecer, al mes ático de *Metagitnión* (entre julio y agosto). El último día de dichas fiestas, dedicadas a Apolo *Carneo*, coincidía con la luna llena y, antes de que terminasen, no podían ponerse en campaña. Cf. M.P. NILSSON, *Griechische Feste von religiöser Bedeutung mit Ausschluss der attischen*, Leipzig, 1906, págs. 118 y ss.
81. Sobre la fecha de la batalla según los textos y el calendario, cf. A.R. BURN, *Persia and the Greeks. The Defence of the West, 546-478 B.C.*, Londres, 1962, págs. 240 y ss., y 256. La luna llena se habría producido la noche del 11 al 12 de agosto del año 490 a.C., y la batalla tuvo lugar el día 12. No obstante, parte de la crítica la sitúa justamente un mes más tarde, el 12 de septiembre. Cf. N.G.L. HAMMOND, "The campaign and the battle of Marathon", *Journal of Hellenic Studies* 88 (1968), págs. 13 y ss.
82. Cf., por ejemplo, Ed. WILL, *Le monde grec et l'Orient. Le Ve siècle (510-403)*, París 1972, pág. 97, nota 1.
83. Según TUCIDIDES (III 68, 5), el vasallaje de Platea se produjo noventa y dos años antes de la destrucción de la ciudad (que tuvo lugar en 427 a.C.); es decir, en el año 519, cf. Ed. MEYER, *Geschichte des Altertums...*, II, pág. 478. Sin embargo, no tenemos noticias de ninguna expedición, contra Atenas, de los lacedemonios acaudillados por Cleómenes (lo que hubiera motivado su presencia en la zona) hasta 510 a.C., cuando apoyaron los planes de los Alcmeónidas para derrocar a Hippias (cf. HERODOTO, V 64 y ss.). Las relaciones entre Platea y Atenas debieron de establecerse, pues, en el año 509 (cf. M. AMIT, "La date de l'alliance entre Athènes et Platées", *L'Antiquité Classique* 39 (1970), págs. 414 y ss.), ya que las razones políticas de los plateos y lacedemonios para unirse a Atenas y permitir la unión, respectivamente, tienen plena coherencia en esa fecha. Dado que Platea era reacia a entrar en la liga beocia, por su incompatibilidad con los regímenes oligárquicos, la unión con Atenas tuvo que producirse cuando en la capital del Atica ya se había abolido la tiranía; es decir, en 509, y no en 519. Por otra parte, los lacedemonios considerarían a Atenas demasiado débil por esas fechas para que pudiera crearles problemas, y permitieron la dependencia de los plateos. En los manuscritos de Tucídides debió, en suma, de producirse un error de transcripción. Cf. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 399.

5. Mientras tanto, los atenienses, una vez en Maratón, tomaron posiciones en un terreno consagrado a Heracles (que ha sido situado por W.K. PRITCHETT, "Marathon", *University of California. Publications in Classical Archaeology* 4 (1960), págs. 137 y ss., al sur de la llanura, en la falda del monte Agrieliki<sup>84</sup>), desde donde dominaban la ruta de montaña que, a través del Pentélico, unía Maratón con Atenas.

6. Según Heródoto, en el Estado Mayor ateniense (integrado por diez *estrategos*<sup>85</sup>, elegidos anualmente a razón de uno por cada una de las diez tribus clistélicas), y que estaba a las órdenes del *polemarco*<sup>86</sup> (en esta época jefe supremo del ejército), había división de opiniones: cinco *estrategos* eran partidarios de combatir y cinco de no hacerlo.

6.1. Pero esta disparidad de criterios debía de centrarse entre adoptar una táctica ofensiva o defensiva en Maratón, pues salir al encuentro de los persas ya se había decidido de antemano.

6.2. La razón fundamental de los partidarios de actuar a la defensiva (J.H. SCHREINER, "The battles of 490 B.C.", *Proceedings of the Cambridge Philological Society* (1970), págs. 97 y ss., ha sugerido que los atenienses atrincherados en el Heracleo ya habían sido atacados por los persas antes

84. Cf., también K.P. KONTORLIS, *The Battle of Marathon*, Atenas, 1973, mapas de las págs. 14 y 15.

85. Originariamente los *estrategos* eran los diez jefes militares que las diez tribus creadas por Clístenes elegían, a razón de uno por tribu, para mandar las fuerzas que cada una de ellas aportaba a la totalidad del ejército, y formaban el Estado Mayor del *polemarco*, en esta época jefe supremo del ejército. Eran elegidos para el plazo de un año y sus cargos eran reelegibles. Sólo a partir del año 487 a.C. asumieron el mando del ejército, desplazando de sus funciones al *polemarco*. Cf. W. SCHWAHN, s.v. *Strategen*, *R.E.*, Suppl. 6 (1935), cols. 1.071 y ss.

86. El arconte (esta magistratura representa la sustitución del poder de los antiguos reyes atenienses por el de las familias nobles, y debió de crearse entre los siglos X y VIII a.C.) *polemarco* heredó las atribuciones militares de los reyes y, a comienzos del siglo V, era todavía jefe del ejército. Cuando sus atribuciones pasaron a los *estrategos*, sólo conservó algunas obligaciones de carácter ritual: sacrificaba personalmente las víctimas en algunas celebraciones; presidía la fiesta conmemorativa de los guerreros muertos en campaña (cf. la *oración fúnebre* pronunciada por Pericles, TUCIDIDES, II 34-46); y ofrecía los sacrificios rituales en memoria de los tiranidas, Harmodio y Aristogitón. Pero, fundamentalmente, su ocupación principal consistía en administrar justicia a la población no ciudadana. Cf. R. MAISCH, F. POHLHAMMER, *Institutiones griegas*, Barcelona, 1931, págs. 85-86.

de la batalla librada en la llanura) era la desproporción de fuerzas existente.

a) Lo más probable es que, en un principio, la proporción fuera de tres a uno favorable a los persas. Veinticinco mil infantes y arqueros, más cinco mil jinetes, integrarían las fuerzas persas, frente a diez mil atenienses y mil plateos de infantería pesada<sup>87</sup>.

7. Milcíades<sup>88</sup> (uno de los diez *estrategos* atenienses) abordó entonces al *polemarco* Calímaco, para que votara por la táctica ofensiva.

7.1. El *polemarco*, una vez oído el parecer de su Estado Mayor, tenía en sus manos la decisión definitiva. Pero, dado el empate a cinco votos existente entre sus *estrategos*, podría haberse abstenido, con lo que la igualdad en la votación habría significado no alterar el *status quo*; y, por tanto, habría prevalecido la decisión de actuar a la defensiva.

8. Por otra parte, la intervención de Milcíades ante el *polemarco* estaba motivada por su temor a que las facciones filopersas que había en Atenas aprovecharan la ausencia del ejército ateniense y se sublevaran, entregando la ciudad a los invasores, ya que, por estas fechas, el “medismo” (como ha estudiado J. WOLSKI, “Médismós et son importance dans la Grèce à l'époque des guerres Médiques”, *Historia* 22 (1973), págs. 3 y ss.) no se consideraba, ni mucho menos, lo abominable que resultaría tras Maratón. Y es indudable que en Atenas existían partidarios de los persas.

8.1. Ante todo, los partidarios de los Pisistrátidas<sup>89</sup> (ya que, en el Atica, se recordaba con agrado, entre parte de las clases humildes, la política de Pisístrato).

87. Sobre las diversas hipótesis acerca del número de efectivos con que contaban griegos y persas, cf. A. BALIL, “Heródoto y las grandes batallas de las guerras médicas”, *Estudios Clásicos* 32 (1961), pág. 42, nota 17.

88. Se trata de Milcíades el Joven (hacia 540-489 a.C.), que pertenecía a la familia de los Filaidas (cf. J.K. DAVIES, *Athenian Propertied Families...*, núm. 8429 III) y que había sido tirano del Quersoneso, por la política exterior de los Pisistrátidas, a fin de controlar la navegación a través de los estrechos. Cf. S. MAZZARINO, “La politica coloniale ateniese sotto i Pisistratidi”, *Rendiconti Istituto Lombardo* 72 (1938/39), págs. 285 y ss.; y H. BERVE, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, págs. 285 y ss.

89. Hay que recordar que, en 496/495, fue elegido arconte un miembro de la familia de los Pisistrátidas. Cf., *supra*, nota 44.

8.2. Pero es que, además, los Alcmeónidas<sup>90</sup>, ante el carácter aristocrático de Milcíades y sus partidarios (entre quienes F. GHINATTI, *I gruppi politici ateniesi fino alle guerre persiane*, Roma, 1970, incluye a Temístocles y Arístides), quizá preferían pactar con los persas para mantener el sistema clisténico<sup>91</sup>, que podía ser puesto en peligro por los aristócratas apoyados por Esparta<sup>92</sup>.

90. De la tendencia poco patriota de los Alcmeónidas –aunque, con el auge de Pericles, la propaganda en pro de los Alcmeónidas tendería a echar tierra al asunto– se hacen eco PINDARO, *Pítica* VII 18 (pasaje referido probablemente a un hecho del año 486; cf. U. VON WILAMOWITZ, *Aristoteles und Athen*, Berlín, 1893, II, págs. 32 y ss.), y ARISTOTELES, *Const. Atenas* 22, al afirmar que el Alcmeónida Megacles (que fue ostraquizado en el año 487/486 a.C.) estaba implicado en ambiciones tiránicas. Cf. M.F. MC GREGOR, “The Pro-Persian Party at Athens”, *Harvard Studies in Classical Philology*, Suppl. 1 (1940), págs. 88 y ss.; y D. GILLIS, *Collaboration with the Persians* (Historia Einzelschriften, 34), Wiesbaden, 1979, págs. 39 y ss.
91. La reforma clisténica, que pretendía abolir la hegemonía de los intereses aristocráticos en el Atica, tuvo como tarea principal (una vez que la minoría de nobles que integraban el Areópago, o consejo aristocrático de ex arcontes, se vio despojada de su poder supremo en beneficio del cuerpo cívico entero reunido en la *Ecclesia*, o Asamblea) la creación de un Consejo (*bulé*), constituido por quinientos miembros. El problema más importante que se planteaba era el de la organización de ese Consejo, tanto en su reclutamiento, como en la permanente operatividad del mismo. Ante este problema, el aspecto más original de la reforma clisténica fue el de la reforma de las tribus, de manera que en ellas privaran los intereses colectivos sobre los gentilicios. El medio de conseguirlo fue llevar a cabo una redistribución territorial, procurando que ninguna nueva tribu territorial coincidiera con la zona de influencia de un clan aristocrático, y que en la nueva tribu no privara un determinado elemento social. Había, pues, que fijar el territorio de cada tribu a partir de elementos geográficos heterogéneos y, a ser posible, alejados entre sí. Ello se realizó en tres etapas: 1. División del Atica en tres regiones de población equilibrada (zona central, o *Mesogea*; zona marítima, o *Paralia*; y zona urbana, o *Asty*), ninguna de las cuales constituía una región natural. 2. División de cada región en diez distritos, o *tritías*, de población equivalente (cada uno con un número variable de *demos*, o municipios, para eliminar antiguas comunidades gentilicias o culturales). 3. Agrupación de tres *tritías* (una de cada región) para formar una tribu (o *phylé*), con lo que, en total, resultaban diez. De esa manera, los miembros de las distintas tribus no tenían contactos personales en su totalidad, ni intereses comunes. Sobre el problema de la formación y de la operatividad permanente del Consejo mediante la creación de las *pritanías* (el cuerpo de cincuenta representantes de una tribu en el Consejo), y, en general, sobre las etapas y alcance de la reforma clisténica, cf. Ed. WILL, *Le monde grec et l'Orient...*, págs. 63-76, con la bibliografía seleccionada que se incluye en las págs. 63-64.
92. Como dice HERODOTO, en V 91, 1, “los lacedemonios, comprendiendo que, si la nación ática se veía libre, llegaría a alcanzar una potencia similar a la suya, mientras que, si se hallaba bajo el yugo de una tiranía, sería débil y estaría dispuesta a acatar órdenes” no vieron con buenos ojos las reformas clisténicas. Y quizá puede atisbarse en esas palabras del historiador, por vez primera, una idea que cobraría cuerpo en la segunda mitad del siglo V a.C.: que la verdadera causa de la guerra del Peloponeso fue el temor de Esparta ante el poderío de Atenas (en contra, sin embargo, cf., entre

9. El *polemarco* Calímaco, según el testimonio de Heródoto, se decantó por el parecer de Milcíades: atacar a los persas<sup>93</sup>. Y, entonces, los *estrategos* partidarios de combatir fueron cediendo el mando<sup>94</sup> a Milcíades, quien, sin embargo, no atacó hasta el día en que le correspondió el mando por derecho propio.

9.1. Pero esta tradición debió de surgir *post eventum*, para demostrar el escaso talante tiránico de Milcíades, a quien en Atenas, con anterioridad a Maratón, se había acusado de comportamiento tiránico en el Quersoneso Tracio<sup>95</sup>; fútil pretexto motivado porque Milcíades aglutinó a su alrededor tanto a los enemigos de los partidarios de Hipias, como a los adversarios de los Alcmeónidas.

9.2. En realidad, el retraso de los atenienses en lanzarse al ataque se debía a que estaban esperando la llegada de los espartanos; y, si atacaron antes, fue aprovechando una circunstancia favorable: la división de las tropas persas (que, hasta entonces, se habían mantenido agrupadas, esperando una señal de sus partidarios en Atenas, para desarrollar su estrategia, consistente, como queda dicho, en atacar la ciudad con parte de sus efectivos, incluida la caballería, mientras obligaban a los

otros, D. KAGAN, *The Outbreak of the Peloponnesian War*, N. York-Londres, 1969), tal y como fue reflejada por TUCIDIDES. Cf. J. ALSINA, "En torno a la cuestión tucidídea", *Boletín Instituto Estudios Helénicos* 5 (1971), págs. 33 y ss.

93. El polemarco, pues, no sumaría su voto a un grupo de sufragios de los dos bandos en que se habían dividido los estrategos, sino que, como jefe supremo del ejército, tomó la decisión que consideró más oportuna tras las deliberaciones de su Estado Mayor.
94. Según PLUTARCO, *Arístides* 11, fue este estratego el primero que cedió el mando a Milcíades. En el ejército, cada uno de los diez estrategos representaba a una *phylē*, o tribu, de las que integraban el Estado. Todos los años se celebraba un sorteo para determinar su número de orden, y con arreglo a él iban ejerciendo diariamente el mando supremo cada uno de los generales, de tal manera que, del presidente cotidiano de los estrategos, dependía la ejecución del plan que se hubiese aprobado (cf. DIODORO, XIII 97; 106).
95. Pero la presencia de Milcíades en el Quersoneso había sido muy positiva para Atenas al asegurar el aprovisionamiento de cereales desde el Mar Negro. Es indudable que las razones debieron de ser otras, posiblemente la creación de un partido que pretendía oponerse a las demás facciones atenienses (y en el que se agruparían, entre otros, Arístides y Temístocles): a los Alcmeónidas por su actitud no beligerante en la sublevación jonia; a los partidarios de los Pisistrátidas, por el asesinato del padre de Milcíades; y a los filopersas, en general, por haberse visto obligado a abandonar el Quersoneso. Cf. H. BERVE, *Miltiades. Studien zur Geschichte des Mannes und seiner Zeit* (Hermes. Einzelschriften 2), Francfort M., 1937, págs. 41 y ss.



hoplitas atenienses a permanecer en Maratón, al dejar allí un contingente de tropas).

9.3. Según esto, es posible que la conversación mantenida entre Milcíades y Calímaco se produjera la misma mañana de la batalla, cuando las fuerzas persas ya se habían dividido y la caballería (que no intervino para nada en la batalla; y hay que observar que, en este punto, el relato de Heródoto es poco coherente) no se encontraba presente en Maratón.

10. La cuestión es que el 12 de septiembre (o agosto), al alborar el día y comprobar los griegos que los persas habían dividido sus fuerzas, y que quienes permanecían en Maratón carecían de caballería, aquéllos decidieron pasar al ataque sin aguardar la llegada de los espartanos.

10.1. En el ala derecha se situó el *polemarco*, por ser el puesto de mayor responsabilidad en las maniobras hoplíticas<sup>96</sup>.

10.2. A continuación figuraban las tribus (en realidad, los efectivos de sólo dos de ellas), alineadas con arreglo a un orden fijo —el oficial en los documentos públicos—, o bien con arreglo a un sorteo realizado ex profeso para la ocasión<sup>97</sup>.

10.3. Finalmente, el ala izquierda la ocupaban los plateos<sup>98</sup>.

96. El ala derecha era el puesto de honor y más decisivo en el ejército griego, pues de su efectivo hostigamiento a la formación enemiga —en los combates entre hoplitas— dependía por lo regular el resultado de las batallas; cf. HERODOTO, IX 28; 46; TUCIDIDES, V 71. Por eso, a su frente figuraba el polemarco, como sucesor del rey en el mando del ejército (cf. EURIPIDES, *Suplicantes* 657). En general, cf. P.J. BICKNELL, "The command structure and generals of the Marathon campaign", *L'Antiquité Classique* 39 (1970), págs. 427 y ss.

97. Desde su creación por Clístenes, las diez tribus atenienses poseían un orden oficial en los documentos públicos (Erectea, Egea, Pandionisia, Leóntida, Acamántide, Enea, Cecropia, Hipopóntide, Ayántide y Antioquea), que seguía siendo utilizado durante la guerra del Peloponeso. Ahora bien, a partir de los datos de Heródoto y de los que proporcionan otros autores antiguos (sobre todo PLUTARCO, *Aristides* 5; *Moralia* 628; y PAUSANIAS, I, 32, 3), resulta imposible determinar si en Maratón se alinearon de derecha a izquierda siguiendo ese orden fijo, o si lo hicieron con arreglo a un orden establecido por sorteo. Cf. W.K. PRITCHETT, "Marathon"..., págs. 145-148.

98. Los plateos caídos en la batalla fueron enterrados en un túmulo situado en la llanura de Maratón, cerca del torrente Vrana. La mayoría de los allí enterrados contaban entre 20 y 25 años, salvo un individuo de unos 40 años, que tal vez fuera un oficial. Cf. S. MARINATOS, *Excavations at Marathon* (Offprint from the Proceedings of the Archaeological Society), Atenas, 1970, págs. 5 y ss.

11. La mayor novedad introducida en la formación griega (según W. TARN, *Hellenistic Military and Naval Developments*, Cambridge, 1930, ello constituía algo revolucionario en la táctica militar griega por aquellas fechas) consistió en que los atenienses alargaron su frente en 1,5 km., para no verse rebasados en las alas por el ejército persa.

11.1. La parte central del ejército griego contaba con pocos efectivos (quizá el mínimo necesario para que la formación hoplítica pudiera mantenerse, y que requería unas líneas compuestas por soldados alineados de cuatro en fondo); y tenía pocos efectivos, ya que, de acuerdo con el testimonio de PLUTARCO (*Moralia* 305), dicho frente lo integraban sólo dos tribus. Las alas, en cambio, estaban profusamente reforzadas.

11.2. Una vez formados para el ataque, Heródoto dice que los griegos se lanzaron a la carrera contra los bárbaros, de quienes les separaban unos ocho estadios (aproximadamente 1,5 km.).

a) Ello, sin embargo, no es factible, pues, con el pesado equipo que portaban los hoplitas, atenienses y plateos hubiesen llegado extenuados hasta las filas persas. Además de que, con una carrera tan larga, habrían corrido el riesgo de que la formación hoplítica hubiese podido romperse.

b) Lo más probable es que avanzaran en compacta formación hasta unos 200 m. del frente persa, desde donde cargarían a la carrera para evitar la mortífera eficacia de los arqueros persas<sup>99</sup> (la carga a la carrera de un contingente hoplítico también constituía entonces una novedad en la táctica militar griega).

c) Y lo que iba a resultar decisivo para la suerte de la batalla era la ausencia de fuerzas de caballería entre los persas que permanecían en Maratón. Sin un enemigo que hostigara los flancos del ejército griego, el pesado y eficaz

99. Según cálculos estimativos, se considera que doce mil arqueros persas (actividad en la que los persas eran muy diestros; cf. HERODOTO, I 136, 1; III 35, 3) podían llegar a disparar veinticinco mil flechas por segundo. Cf. W. DONLAN, J. THOMPSON, "The charge at Marathon", *Classical Journal* 71 (1976), págs. 339 y ss.

armamento defensivo<sup>100</sup> de los hoplitas, frente al ligero equipo de los persas, tenía que imponerse.

11.3. La batalla, sin embargo, debió de prolongarse durante toda la mañana del 12 de septiembre (o agosto).

a) En el centro, persas y sacas lograron romper la formación ateniense (los persas, a diferencia de los griegos, colocaban en esa zona sus mejores tropas<sup>101</sup>).

b) Pero, en las alas, la victoria correspondió a atenienses y plateos, que dejaron huir a los adversarios a quienes habían derrotado e iniciaron un movimiento envolvente contra persas y sacas.

c) Finalmente, los atenienses triunfaron, diezmado los efectivos persas, mientras éstos huían en dirección a sus naves<sup>102</sup>.

12. Entretanto, la arriesgada maniobra de Datis (que había zarpa-do de Maratón, llevándose a toda la caballería —para emplearla, si era necesario, en la llanura de Falero—, así como a parte de su infantería<sup>103</sup>, a fin de precipitar el alzamiento de los atenienses que les eran favorables en la capital; alzamiento que ya se iba demorando demasiado para los planes persas, a cuyo Estado Mayor los problemas

100. Una armadura completa de hoplita (una *panoplia*) se componía de elementos de tipo defensivo (casco, *krános*; hombrera, *epibraxiōnion*; coraza, *thōrax*; protección del antebrazo, *epipēkhýon*; ventrera, *míttra*; escudo, *aspís* —generalmente redondo—; muslera, *paramēridion*; greba, *knēmís*; tobillera, *episphýrion*; y protección del pie, *epipodion*) y de armas ofensivas (lanza, *dóry*, de unos 2 m. de longitud; y espada, *xíphos*, de doble filo). Sobre este tema, cf. P. CONNOLLY, *Los ejércitos griegos*, Madrid, 1981.

101. Cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 8, 21-23; ARIANO, *Anábasis* II 8, 11. Los sacas eran un pueblo de origen escita que en las inscripciones de Darío aparecen citados con el nombre de *Sakastana*, y que, entre las tropas del Gran Rey, constituían soldados de élite (cf. HERODOTO, VIII 113, 2). Residían en la decimosexta satrapía, que abarcaba la zona situada entre los cursos medios del Oxos (= Amu Daria) y del Yaxartes (= Syr Daria), al norte del Hindukush y al noroeste de Bactria y Sogdiana. Para un intento de localización más preciso (aunque no definitivo), cf. Ph. E. LEGRAND, *Hérodote. Histoires. Livre III*, París, 1937, pág. 142, nota 1.

102. Los barcos persas debían de estar anclados frente al gran pantano del Norte de la llanura, según se desprende de la pintura sobre la batalla que figuraba en la *Stoá Poikilē*. Cf., *supra*, nota 3.

103. El escaso número de naves persas capturadas por los atenienses (siete), junto a la ausencia de prisioneros persas, de botín tomado al enemigo, así como la ausencia de la caballería persa en la batalla, abona la teoría de que las fuerzas persas se habían dividido.

de intendencia debían de preocupar hondamente) seguía su curso.

12.1. Basándose en el estudio de las corrientes marinas y de los vientos reinantes en la zona y época del año en que se libró la batalla, A.T. HODGE (“Marathon. The Persian’s Voyage”, *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 105 (1975), págs. 155 y ss.) ha señalado que, por mar, los persas, de Maratón a Falero, debieron de invertir unas 35 horas.

12.2. Según eso, Datis habría partido de Maratón durante la noche del 11 al 12 y, al amanecer, fue cuando los griegos decidieron atacar.

12.3. Pero, una vez obtenida la victoria, al mediodía del día 12, los atenienses se vieron en la necesidad de regresar rápidamente a Atenas, si querían impedir que Datis lograra, en su favor, el levantamiento de algunas facciones atenienses que permanecían en la capital<sup>104</sup>, propiciado por la llegada a Falero<sup>105</sup> de los persas antes de que el cuerpo expedicionario ateniense destacado en Maratón volviera a Atenas.

a) Por eso los atenienses regresaron a marchas forzadas y, en ocho horas, pudieron recorrer los aproximadamente 37 km. que separaban los dos santuarios de Heracles: el de Maratón y el de Cinosarges<sup>106</sup>, cerca del Licabeto, que fue donde asentaron sus reales.

104. Sobre el rumor que circuló posteriormente en Atenas, acusando a los Alcmeónidas de ser quienes debían facilitar la rendición de la ciudad a los persas (indicándoles que la rebelión estaba preparada, mediante una señal efectuada con un escudo), cf. D. GILLIS, *Collaboration with the Persians...*, cap. V (“Marathon and the Alcmaeonids”); págs. 45 y sigs.

105. Aun suponiendo que Temístocles ordenara comenzar las obras del triple puerto del Pireo en 493 a.C. (si es que fue en ese año cuando resultó elegido arconte, pues hay problemas para datar con precisión las listas arcontales por esas fechas; cf. R. J. LERNARDON, “The archonship of Themistocles”, *Historia* 5 (1956), págs. 401 y sigs.; y W. H. PLOMMER, “The tyranny of the archon-list”, *Classical Review* 19 (1969), págs. 126 y sigs.), en 490 todavía no habrían terminado los trabajos de acondicionamiento.

106. Cinosarges era un recinto sagrado llamado así porque en él Heracles había dado muerte a Cerbero. En dicho recinto se encontraba, además del templo dedicado a Heracles, un gimnasio donde, en el siglo IV a.C., se abrió una escuela filosófica cuyos miembros, por el nombre del lugar, recibieron el apelativo de “cínicos”. Con todo, su localización exacta plantea problemas; cf. W. W. HOW, J. WELLS, *A commentary on Herodotus*, II, Oxford, 1928 (2.<sup>a</sup> ed., varias veces reimpressa), págs. 30-31.

b) Su llegada pudo producirse, pues, al anochecer del día de la batalla<sup>107</sup>, en tanto que los persas debieron de llegar a Falero al alba del día siguiente (pues, por mar, desde Maratón a Falero hay más de 100 km.).

12.4. Y, a pesar de que Heródoto no da ninguna explicación sobre la causa que impulsó a los persas a retirarse de Falero (contra un agotado ejército ateniense, la caballería y los infantes persas de Datis —que, en total, contarían con unos diez o quince mil hombres— tenían grandes posibilidades de éxito), fue sin duda la llegada de los espartanos el día 13 lo que hizo que regresaran a Asia.

a) Los espartiatas saldrían de Esparta el día 11 por la mañana (el plenilunio se había producido ya); y, como tardaron dos días en llegar al Atica<sup>108</sup> (una verdadera proeza para un ejército de dos mil hombres, integrado por infantería pesada, que recorrieron más de 200 km. en ese plazo; extremo en el que coinciden tanto Heródoto, como ISOCRATES, *Panegírico* 87; y PLATON, *Menéxeno* 240 c; *Leyes* 698 e), se presentarían, pues, en Atenas el día 13. Es decir, al día siguiente de la batalla; pero justamente cuando más necesarios eran. No obstante, la tradición ateniense debió de “olvidar” este detalle, que disminuía en cierta medida la gloria de sus armas.

13. Maratón, en sí, no fue, por tanto, un enfrentamiento épico entre un puñado de griegos y un ingente número de “bárbaros”, sino el resultado del aprovechamiento, por parte de los atenienses, del error táctico cometido por los persas al dividir sus fuerzas.

13.1. No obstante, al margen de las exageradas glorificaciones literarias de la gesta de los “Maratonomacos”, lo que resulta indudable es que Maratón deshizo la fama de invencibilidad de que, hasta entonces, habían gozado las tropas persas.

107. Cf. PLUTARCO, *Aristides* 5.

108 Como el plenilunio tuvo lugar el día 15 del mes lacedemonio *Carneo* (= 10 de agosto —o septiembre— de 490 a.C.), los lacedemonios saldrían de Esparta el día 16 de buena mañana y llegarían a Atenas el día 18 (la batalla de Maratón se libró el 17) al anochecer.

13.2. Y, sobre todo, permitió a los atenienses cobrar conciencia de su verdadera capacidad y, lo que es más importante, del vigor de sus instituciones democráticas<sup>109</sup>.

109. Cf. P. VIDAL NAQUET, "La tradition de l'hoplite athénien", *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne* (edición de J. P. VERNANT), París-La Haya, 1968, págs. 161 y sigs.